



**Gadir y el Círculo
del Estrecho revisados**
Propuestas de la arqueología
desde un enfoque social

JUAN CARLOS DOMÍNGUEZ PÉREZ (Ed. cient.)

mHA
MONOGRAFÍAS
Historia y Arte



Universidad
de Cádiz

Servicio de Publicaciones

Esta obra ha sido coeditada por la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía, según Resolución de la Secretaría General de Universidades, Investigación y Tecnología por la que se conceden incentivos a actividades de carácter científico y técnico individuales de las universidades y organismos de investigación de Andalucía, en su Convocatoria 2/2009.

Esta obra ha superado un proceso de evaluación externa por pares.

Motivo de cubierta: *Esfinge alada de mármol*, hallada por Tarradell en *Lixus* y actualmente expuesta en el Museo de Tetuán (foto del autor).

Primera edición, 2011.

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C./ Doctor Marañón, 3
11002 Cádiz (España)
www.uca.es/publicaciones
publicaciones@uca.es

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
© Los autores

I.S.B.N.: 978-84-9828-344-0
Depósito Legal: MU 844-2011

Fotocomposición e impresión: COMPOBELL, S.L.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro, ni sus ilustraciones, pueden reproducirse, transcribirse o transmitirse por ningún procedimiento mecánico o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación magnética, difusión a través de internet, o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por la legislación vigente.

El archipiélago canario en el horizonte fenicio-púnico y romano del Círculo del Estrecho (*circa* siglo X a.n.e. al siglo IV d.n.e.)

PABLO ATOCHE PEÑA¹ Y M^a ÁNGELES RAMÍREZ RODRÍGUEZ²

¹Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. CEFYP

²Investigadora, colaboradora del Proyecto «Canarias: colonización humana protohistórica, bioadaptación insular y transformación medioambiental»

RESUMEN

Los más recientes hallazgos arqueológicos producidos en Canarias, principalmente en los sitios de El Bebedero y Buenavista en Lanzarote y El Descubrimiento en La Graciosa, confirman los prolongados y estrechos lazos que existieron entre las islas y el Mediterráneo occidental desde fechas muy antiguas situadas en torno al siglo X a.n.e. y hasta el siglo IV d.n.e. Se pone así de manifiesto el trascendental papel que fenicios y púnicos primero y romanos más tarde jugaron en el proceso de colonización del archipiélago canario y la profundidad y lejanía que en el Atlántico africano alcanzó la influencia cultural del Círculo del Estrecho.

1. INTRODUCCIÓN

La etapa protohistórica canaria se ha estudiado durante mucho tiempo desde posiciones inmovilistas fijadas inicialmente por historiadores románticos del siglo XIX, quienes concibieron unas culturas insulares caracterizadas por su aislamiento y primitivismo, su cronología tardía y unos paralelos que se intentaban rastrear entre las poblaciones bereberes norteafricanas contemporáneas. Se ha tenido que esperar una centuria, hasta la década de los años 90 del pasado siglo XX, para que la actividad arqueológica comenzara a constatar que los primeros humanos que colonizaron el archipiélago canario lo hicieron desde un contexto

cultural en el que eran frecuentes los elementos asimilados de las culturas fenicio-púnica y romana establecidas en el sur de la Península Ibérica y el norte de África. De esa manera, y en paralelo al paradigma tradicional, entre algunos historiadores y arqueólogos se ha ido abriendo paso poco a poco un nuevo modelo interpretativo en el que se han comenzado a plantear las cuestiones de otra manera, pasando de considerar la protohistoria canaria como una etapa de total aislamiento cultural ante cualquier influencia externa que no fuera la bereber, a entenderla como parte integrante del devenir histórico de una extensa región en la que confluyeron los intereses de las poblaciones del Círculo del Estrecho a lo largo de casi un milenio y medio (*circa* s. X a.n.e. al s. IV d.n.e.).

A ese proceso de renovación científica nuestro equipo de investigación ha contribuido durante las dos últimas décadas con un elevado cúmulo de datos arqueológicos que, entre otros aspectos, han confirmado la permanencia en el tiempo de navegantes mediterráneos en Canarias. La información se ha recuperado a lo largo de ocho campañas arqueológicas centradas en yacimientos de la isla de Lanzarote (El Bebedero, Caldereta de Tinache, Buenavista,...), los cuales han proporcionado amplios contextos crono-estratigráficos y permitido la realización de análisis medioambientales y estudios de registros materiales en los que no han faltado las analíticas petrológicas a las cerámicas, los exámenes metalográficos a los artefactos metálicos y de componentes a los elementos vítreos. Esos trabajos han permitido que nos

pudiéramos alejar de las tradicionales e incompletas síntesis basadas casi exclusivamente en las fuentes literarias etnohistóricas, permitiendo asentar la reconstrucción histórica de la realidad canaria sobre sólidas bases científicas. Pero, además, la combinación de esos descubrimientos arqueológicos con los notables avances producidos en el conocimiento del mundo colonial fenicio-púnico y romano del Círculo del Estrecho, han propiciado que un grupo de investigadores hayamos desarrollado a lo largo de los últimos años un modelo explicativo que interpreta el inicial poblamiento de Canarias en el marco de la expansión semita al otro lado del Estrecho de Gibraltar (Balbín et al., 1995; González et al., 1998; González, 1999; Atoche y Martín, 1999; Atoche y Ramírez, 2001; Atoche, 2002; Mederos y Escribano, 2002; González y Arco, 2007).

La nueva situación también ha propiciado que la investigación fuera adquiriendo progresivamente mayor conciencia del conocimiento que en el I milenio a.n.e. poseían las culturas mediterráneas acerca de la existencia de islas al otro lado de las *Columnas de Hércules*, en el Océano occidental, uno de los confines de su mundo en el que la geografía mítica situó algunos de sus más conocidos *items* (*Jardín de las Hespérides, Islas de los Bienaventurados, Campos Elíseos, Atlántida...*). Lejos de esa visión legendaria, las Islas Canarias constituyeron una realidad tangible para las poblaciones del Bronce Final del Círculo del Estrecho y para los fenicios establecidos en esa región desde finales del II milenio a.n.e. (Atoche y Ramírez, 2001; González y Arco, 2009; Atoche y Ramírez, e.p.), si bien los intereses económicos de estos últimos alentaron la visión mítica que durante mucho tiempo rodeó la realidad existente al otro lado del Estrecho. Esa situación se mantuvo hasta el cambio de era cuando aparece una visión más real propiciada por el pragmatismo romano y su interés por situar y reconocer geográficamente las Canarias, patente en la expedición enviada por Juba II al archipiélago (Santana et al., 2002: 232 y ss.), la cual se enmarcó en un contexto histórico que revela cuáles fueron las auténticas razones que propiciaron la presencia de gentes romanas o romanizadas en las islas, sintetizadas a mediados del siglo pasado por J.J. Jáuregui (1954: 271-272), quien señaló que Juba II

[...] advertido por sus súbditos de Lixus, cuyos antepasados no habían podido navegar hasta

Cerné, en el río de Oro, sin tocar en las Islas Canarias, subvencionó un reconocimiento de su archipiélago [...] por este crucero reanudó las relaciones que la marina púnica había mantenido clandestinamente con ellas y nos ha dejado, de las más próximas, una descripción que Plinio el Viejo recopiló abreviándola, y que no es despreciable en absoluto. [...] y nos da noticia muy exacta sobre la distancia que separa las Canarias de Mogador y sobre las direcciones sucesivas y, aparentemente, incoherentes, que deben seguir los veleros desde Mogador a las Canarias para utilizar la deriva de las corrientes. [...] podemos permitirnos pensar que este viaje tenía finalidad diferente a la del simple descubrimiento geográfico y que estaba ligado [...] a la política de enriquecimiento que practicó en todas partes y cuyo éxito no parece pueda ser discutido en Marruecos.

Sin duda, en el siglo I d.n.e. los núcleos marinos del sur de la Península Ibérica poseían un amplio conocimiento de la costa occidental africana resultado de varios siglos de frecuentación de un itinerario marítimo que, como señalara Estrabón (*Geog.* II, 3, 4), recorrían los pescadores que navegaban hasta el río *Lixos*.

A partir del siglo III d.n.e., coincidiendo con la crisis que afectó a la estructura político-económica establecida por Roma en la *Mauritania Tingitana*, se trunca la presencia en el archipiélago de los navegantes procedentes del Círculo del Estrecho, comenzando para las poblaciones paleocanarias una nueva etapa histórica caracterizada por el espaciamiento de los contactos exteriores y el aislamiento. El olvido que parece aquejar a partir de entonces a las islas no finalizó hasta que se produjo su reconocimiento por navegantes musulmanes (*circa* s. XI d.n.e.) y su definitivo redescubrimiento en el siglo XIV d.n.e. a cargo de marinos bajomedievales.

2. CANARIAS Y EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL ANTIGUO

A lo largo del siglo XX diferentes investigadores defendieron el conocimiento de las Islas Canarias por navegantes fenicios procedentes del Círculo del Estrecho, apoyando sus aseveraciones en el estudio de las corrientes y los vientos de la zona o en la cita de una serie de textos antiguos (Plutarco, Estrabón, Pomponio Mela, Salustio, Diodoro, Plinio el Viejo, Ptolomeo...) en los que se

hacia patente la existencia de unas islas atlánticas, si bien rodeadas por un halo de misterio. También se ha propuesto la navegación tartésica, púnica y romana por las aguas de las islas, no teniéndose dudas en la actualidad acerca de la capacidad que fenicios y púnicos poseían para navegar por el Atlántico hasta alcanzar las islas y, si aceptamos el hallazgo producido en 1749 de un tesoro de monedas púnicas de los siglos IV y II a.n.e. en Azores (Blázquez, 1977), su potencial naval alcanzaba igualmente para adentrarse en el Atlántico. Esas travesías estuvieron motivadas por factores económicos: la búsqueda de recursos agrícolas y pesqueros para los asentamientos costeros, materias que transformar en las factorías y mercancías potencialmente intercambiables en los mercados del Mediterráneo. En esa labor de rastreo no pudo pasar desapercibido el archipiélago canario, unas islas deshabitadas con amplios recursos naturales intactos, las cuales habrían sido visitadas en busca de fondeaderos y bienes de todo tipo y cuyo aspecto era sensiblemente distinto al que presentan en la actualidad, de manera que hacia el inicio del I milenio a.n.e. su virginidad mostraría a los ojos de los navegantes mediterráneos una cubierta vegetal mucho más extensa y frondosa de la que hoy se conserva, con presencia en las islas más orientales de formaciones arbóreas de laurisilva (Atoche, 2003). A lo anterior cabría añadir que los recursos freáticos se hallarían en niveles óptimos, por lo que sería frecuente la presencia de cursos de agua estacionales o, incluso, permanentes en islas como Tenerife o Gran Canaria. Estaban presentes las vegas de tierra fértil aptas para el cultivo, así como los buenos fondeaderos, especialmente en las costas este y sur de todas las islas. Los fondos costeros albergaban especies que hoy se encuentran mucho más alejadas de la costa o a mayor profundidad. Las características anteriores se verían potenciadas por un clima moderado y sin grandes oscilaciones térmicas, dándose en general una situación medioambiental similar a la que por entonces encuentran esos mismos navegantes semitas en algunas islas mediterráneas como Ibiza (Gómez Bellard, 1995). En suma, las islas dispondrían de una gran variedad de recursos explotables entre los que pueden enumerarse:

1. La pesca, y muy especialmente, como han señalado algunos investigadores (Ponsich y Tarradell, 1965; González et al., 1995; González y Arco, 2007; Mederos y Escribano,

2008), la captura de túnidos y escómbridos. Los primeros atraviesan el archipiélago durante los meses de abril a julio en sus desplazamientos reproductivos anuales desde el Golfo de Guinea hacia la cuenca occidental del Mediterráneo (Ponsich y Tarradell, 1965: 94), mientras que de los segundos existen cardúmenes residentes en las aguas insulares todo el año. A lo anterior se une la proximidad del banco pesquero canario-sahariano con multitud de especies explotables en diferentes momentos del año. Este recurso es considerado por algunos investigadores razón suficiente para poner en marcha la colonización semita del archipiélago canario (González y Arco, 2007: 67).

2. La producción de sal marina de buena calidad, un elemento importante de cara a la conservación del pescado y/o productos cárnicos de origen terrestre (Arco et al., 2008). En Gadir la sal fue la base de un amplio comercio que abarcó a todo el Mediterráneo, utilizándose como moneda de intercambio para el pago de los metales obtenidos de los pueblos del noroeste peninsular.
3. Puertos naturales y fondeaderos seguros desde los que llevar a cabo tanto labores pesqueras en el área próxima como de efectuar viajes más al sur. Serían puntos en los que se refrescarían las embarcaciones, aportando agua y comida a quienes faenasen en el banco canario-sahariano durante el tiempo que durase la pesca, sirviendo a su vez de zona de descanso para unos hombres cuyas actividades debían prolongarse a lo largo de varios meses.
4. Maderas de muy buena calidad, algunas utilizadas históricamente para la reparación o fabricación de las flotas que faenaban en el banco pesquero canario-sahariano o de las que hacían la ruta de Indias. También cabría la posibilidad de obtener pez, brea o grasa de determinadas especies animales, como la pardela (*Calonectris diomedea*, *Puffinus assimilis* o *Puffinus puffinus*) o el aceite de pescado, para las necesarias labores de calafateo e impermeabilización de las embarcaciones.
5. Grandes posibilidades de obtener recursos de gran interés comercial durante la Antigüedad, como los elementos tintóreos del tipo *múrex* u *orchilla*, este último un líquen de calidad tintórea media que crece

en los acantilados marinos de las islas (Mederos y Escribano, 2006).

6. Posibilidad de recoger la carne, piel, grasa y el ámbar gris de los numerosos cetáceos que tradicionalmente han varado en las playas insulares. A los anteriores se une la importante colonia de focas monje atlánticas asentadas en las islas más orientales.
7. Un recurso que no se encuentra en el archipiélago, pero para cuya obtención las islas debieron constituir una plataforma especialmente indicada, fue el oro africano. Tradicionalmente se ha especulado sobre si fenicios, púnicos y romanos conocieron los importantes yacimientos auríferos localizados entre el río Senegal y el Golfo de Guinea; es cuando menos posible que los colonizadores del Mediterráneo tuvieran constancia de ese recurso y comerciaran con los pueblos de la zona para obtenerlo, no en vano fue Herodoto quien, al referirnos las características del comercio a la muda establecido por los púnicos en la Libia occidental, afirma que la mercancía más solicitada por éstos era el oro. Si ello es así, como han defendido distintos investigadores (Jáuregui, 1954; Mahjoubi, 1983: 497), las islas serían la base ideal para dirigirse hacia las rutas auríferas del sur y paso obligado para hacer el viaje de retorno.
8. Por último, cabe pensar en la atracción que pudieron tener determinados productos exóticos, como el drago, cuya savia fue usada como medicina desde la Antigüedad. Plinio el Viejo, en su *Historia Natural* (VI, 37), se refiere a ese producto «...vulgo sanguinem dracor is apellant», también llamado *crinabaris*, y a sus propiedades, el cual era obtenido en las *Insulis Fortunatis*. R. González y colaboradores (1995: 34), ofrecen una cita de Posidonio sobre el árbol de *Gadira*, que podría ser, afirman, la descripción de un drago trasplantado desde Canarias a la mismísima ciudad de Gadir.

Así pues las Canarias estaban en el corazón de una rica zona económica susceptible de ser explotada en un amplio abanico de posibilidades adquiriendo así consistencia la hipótesis que propugna que el archipiélago fue frecuentado, al menos desde los inicios del I milenio a.n.e., por marinos fenicios primero y púnicos más tarde.

En realidad, y atendiendo a las dataciones cronométricas disponibles (Atoche, 2009; González y Arco, 2009; Atoche y Ramírez, e.p.), el arranque de la colonización humana se produciría en la primera mitad del siglo X a.n.e., afectando a las islas de La Graciosa, Lanzarote y Tenerife. En esos momentos el archipiélago estaría sometido tanto a un proceso de frecuentación y valoración de sus posibilidades y recursos (El Descubrimiento. La Graciosa) como al establecimiento de los primeros grupos humanos tal y como se atestigua en el sitio de Buenavista (Lanzarote) o la Cueva de los Guanches (Tenerife).

A partir de esa fecha inicial y hasta el siglo IV d.n.e., resulta posible reunir diferentes noticias que narran viajes marítimos por el entorno de las islas; ese es el caso del viaje exploratorio de circunnavegación de África a cargo de los navíos fenicios fletados por el faraón Neco, un periplo que, al remontar el Atlántico y sus corrientes desde el Golfo de Guinea, debió llevar a sus protagonistas hasta las aguas del archipiélago canario. Algo más tarde, en el siglo VI a.n.e., se inició la expansión cartaginesa por el Mediterráneo occidental y el Océano, fenómeno que debió traer consigo una reactivación del proceso colonizador en las islas coincidente durante la segunda mitad de ese siglo con el Periplo de Hannón y el establecimiento de libiofenicios en la costa marroquí (López Pardo, 1990: 61-62); algunos autores antiguos vieron como algo normal que, con anterioridad a su enfrentamiento con Roma, Cartago instalara ciudadanos suyos y poblaciones libiofenicias fuera de Túnez (López Pardo y Suárez Padilla, 2002: 116). Durante el siglo V a.n.e. se recrudeció la lucha por el control de rutas y mercados en el Mediterráneo lo que condujo a Cartago a lanzarse al dominio de amplios territorios africanos. Ese es el momento en el que la ciudad norteafricana provoca el cierre del Estrecho a otros navegantes, reservándose con ello el monopolio de los mercados atlánticos (Gozalbes, 1988: 773), una actitud de la que ya haría gala la metrópoli norteafricana en la segunda mitad del siglo VI a.n.e., como han indicado F. López Pardo y Suárez Padilla (2002: 115), para quien el control hegemónico cartaginés se aprecia cuando una vez descubierta por los fenicios occidentales una isla en aguas del Atlántico, Cartago impide colonizarla, según una información recogida de Tímeo por Diodoro (5, 19-20). Implicaciones semejantes tendrían para el citado investigador la gestión del comercio atlántico con los

viajes de Hannón e Himilcón, considerando muy verosímil que se debiera a Cartago la reocupación de la isla de Mogador en el siglo IV a.n.e. (López Pardo y Suárez Padilla, 2002: 116).

Con el final de la Primera Guerra Púnica, en el siglo III a.n.e., la política de los Bárquidas supuso el empleo de población africana aculturada como colonos en la Península Ibérica y zonas de control económico exclusivo, inaugurándose así un nuevo período de intensificación de la actuación cartaginesa en el África bajo su dominio, el cual se interrumpió tras la caída de Cartago. En esos momentos se liberalizan las prácticas piráticas en todo el Mediterráneo occidental impidiendo que la navegación por el Estrecho sea segura al menos hasta el Principado de Augusto, circunstancia que afectó negativamente a las comunicaciones y relaciones comerciales entre *Hispania* y *Mauretania* (Gozalbes Cravioto, 1988: 769). Ya en el siglo I a.n.e. la desaparición de una Cartago independiente, así como el surgimiento en la Mauritania occidental de un reino mauro bajo los auspicios de Roma, suponen la llegada al trono del mismo de un monarca helenizado y criado en la metrópoli latina, Juba II, el cual envía al menos una expedición a Canarias y lleva a cabo una política de fundación y reactivación de factorías de tratamiento de púrpura (Desjacques y Koeberlé, 1955) y de salazón de pescado en la costa occidental de Marruecos (Ponsich y Tarradell, 1965), valiéndose para ello del potencial técnico, económico y humano de las antiguas fundaciones fenicias y púnicas de la zona africana del Estrecho hasta Mogador, así como de las poblaciones a ellas vinculadas, por entonces en un período de bonanza económica tras los años de guerra con Roma.

Con la romanización del norte de África los contactos con Canarias no se interrumpieron ya que no desaparecieron las razones que atrajeron a las islas a quienes decidieron su inicial colonización. La presencia de navegantes romanos o romanizados en todo el archipiélago es un hecho constatado arqueológicamente, la cual no finaliza hasta el siglo IV d.n.e. en coincidencia con la crisis del Imperio y el abandono por éste de buena parte de la provincia Tingitana, así como el fin de las actividades de un amplio número de factorías de la costa atlántica marroquí (Ponsich y Tarradell, 1965: 116-117). A partir de esos momentos, las referencias escritas o arqueológicas de contactos de Canarias con el mundo mediterráneo o afri-

cano, hasta la llegada de nuevos europeos a partir del siglo XIII, son escasas y poco estudiadas.

Como vemos, Canarias no es, como se ha venido considerando, un reducto del Neolítico africano preservado milagrosamente durante toda la Antigüedad hasta desembocar en el final de la Baja Edad Media y el inicio del Renacimiento; por el contrario, constituyó un componente real y activo del mundo mediterráneo antiguo cuyo desarrollo quedó sometido desde sus inicios al yugo de la insularidad alcanzando el siglo XV d.n.e. en la plenitud de su propia especificidad cultural.

3. LOS DATOS PROCEDENTES DE LA ARQUEOLOGÍA

La hipótesis mediterránea que mantenemos para explicar la inicial colonización del archipiélago canario se asienta en un amplio conjunto de registros arqueológicos, en el que un primer grupo está integrado por diferentes manifestaciones culturales conocidas desde antiguo en los distintos contextos arqueológicos definidos en las islas aunque solo en los últimos años objeto de una adecuada interpretación. Ese es el caso de un tipo de escritura identificado en Lanzarote, Fuerteventura y Tenerife, que en un primer momento se consideró erróneamente como «cursiva pompeyana», pero que R. Muñoz identificó como un corpus «de inspiración púnica» (Muñoz, 1994: 27) y que correspondería a lo que J. L. López Castro (1992: 54) denominó como «libiofenicio». Con ella se han elaborado inscripciones que, traducidas, revelan un lenguaje cargado de elementos religiosos semíticos.

En el ámbito de los rituales funerarios se han hallado numerosas similitudes culturales con el mundo fenicio-púnico. Así, en casi todas las islas está presente un tipo de rito que solo aparece en el norte de África tras el contacto con los colonizadores fenicios: la inhumación en decúbito supino sobre armazón de madera (Lancel, 1994: 61). Por otro lado, en Gran Canaria y Tenerife se han registrado inhumaciones infantiles en recipientes cerámicos, un ritual similar al observado en los contextos fenicios de Ibiza, Huelva –donde sobrevive hasta época romana (Alcázar Godoy et al., 1994: 36-47)– o la necrópolis de Kerkouane (Túnez) (Fantar, 1988: 59). En la isla de Gran Canaria R. de Balbín Behrmann y colaboradores (1995) consideraron el denominado *Cenobio de Valerón*, la *Cueva de Cuatro Puertas* o la *Cueva Pintada*

de Gáldar como elementos de clara filiación fenicio-púnica, identificándolos como estructuras funerarias (hipogeos) con paralelos en las colonias fenicias de Occidente. Un último ritual funerario objeto de préstamo cultural y que debemos leer en clave de prestigio lo constituye la momificación practicada por las poblaciones paleocanarias, en realidad una reinterpretación del ritual funerario fenicio-púnico norteafricano, el resultado final de un largo proceso de adaptación y con él de pérdida de los significados originales egipcio-fenicios (Atoche et al., 2008).

En el ámbito de los artefactos más cotidianos, las islas de Tenerife, La Palma y Fuerteventura han proporcionado un amplísimo conjunto de anforoides modelados a mano que imitan ánforas elaboradas en los establecimientos del Círculo del Estrecho entre los siglos VI y III a.n.e. (tipos Tiñosa y Carmona) (González et al., 1995: 170). Por otro lado, la denominada *Piedra Zanata*, artefacto pisciforme que contiene una inscripción mágica (Muñoz, 1994), se ha relacionado con la presencia fenicio-púnica en las aguas de las islas y con el objeto que consideran les llevó a ellas, la pesca (González et al., 1995). Con esa presencia también se ha vinculado una serie de grabados que representan toros, animal totalmente ausente

de los contextos arqueológicos indígenas (Balbín et al., 1995; Atoche y Ramírez, 2009). Por último, la isla de Lanzarote ha proporcionado algunos elementos muy significativos, como es el caso del signo de Tanit grabado en el acceso a uno de los pozos de Rubicón (Lám. I), la representación de la diosa egipcia Tueris hallada en Zonzamas, las numerosas estelas, alguna de gran tamaño grabada con un motivo solar o una gran representación zoomorfa que representa un carnero, elementos todos de una innegable procedencia cultural fenicio-púnica. Son en general registros que muestran la presencia en las Canarias protohistóricas de una comunidad que poseía numerosos elementos culturales fenicio-púnicos, de los cuales algunos afectaban a la superestructura ideológica hasta el punto de determinar las formas funerarias o las creencias religiosas.

Frente al grupo de manifestaciones descritas se hacía notar la ausencia de asentamientos prolongados en el tiempo cuya antigüedad y contenidos materiales refrendaran no solo la arribada de gentes fenicio-púnicas a las islas sino su participación activa en el proceso de colonización del archipiélago. La carencia anterior finaliza a partir del año 2006 cuando iniciamos excavaciones arqueológicas en el sitio de Buenavista.



Lámina I. Representación grabada de Tanit. Pozo de la Cruz. Rubicón (Yaiza. Lanzarote).

3.1. El sitio de Buenavista (Tegüise, Lanzarote) (Lám. II)

Buenavista (Atoche, et al., 2009) constituye un asentamiento integrado por una amplia estructura habitacional de planta de tendencia cuadrangular levantada con mampostería, inmersa en una secuencia estratigráfica y artefactual con unos límites cronológicos fijados por el C¹⁴ que discurren entre los siglos X a.n.e. y III d.n.e. Si ya de por sí las fechas anteriores suponían una novedad con respecto a las cronologías que se poseían para la protohistoria canaria, no resultaba menos novedoso el hecho de que parte de esas dataciones se hubieran obtenido de restos orgánicos asociados a diferentes registros materiales de procedencia fenicio-púnica, en concreto fragmentos cerámicos modelados a torno pertenecientes a ánforas y otros elementos (recipientes, terracotas,...), varios objetos fabricados en cobre y bronce y una cuenta vítrea; todo ello junto a cerámicas modeladas a mano y diferentes *detritus* alimenticios.

La estructura recuperada presenta una planta de tendencia cuadrangular, irregular, la cual ocupa una superficie aproximada de 42 m² (Fig. 1). Solo se conserva un zócalo de entre 0,30 y 0,60 m de

altura, desconociéndose si el alzado se completaría con rocas, tapial, adobe u otros materiales perecederos, hoy desaparecidos. La estructura exhumada está constituida por un muro exterior de mampostería irregular de entre 0,70 y 0,85 m de espesor, el cual encierra a su vez paredes bajas de menor grosor (de entre 0,22 y 0,50 m) que conforman tres recintos alargados y estrechos, de planta rectangular (con 2,70 x 0,86 m, 2,08 x 0,72 m y 1 x 0,43 m respectivamente), cuyos suelos se han excavado unos 0,40 m por debajo de la cota exterior de la roca base, hallándose recubiertos por un sedimento rojizo bien consolidado. El recinto de mayores dimensiones, adosado al muro oriental, contenía en el momento de su exhumación un nivel de abandono que fue datado en el último tercio del siglo IV a.n.e. y en el que se registraron diferentes artefactos *in situ* (Lám. III).

Además de esos recintos, en los extremos sur y oeste de la estructura se encuentran dos habitaciones cuadrangulares (de aprox. 4 y 7 m² respectivamente), la segunda de ellas abierta hacia el exterior, donde se comunica con un amplio espacio circular (de aprox. 6 m²) bien protegido de los vientos dominantes por sus extremos norte



Lámina II. Sitio de Buenavista (Tegüise, Lanzarote).

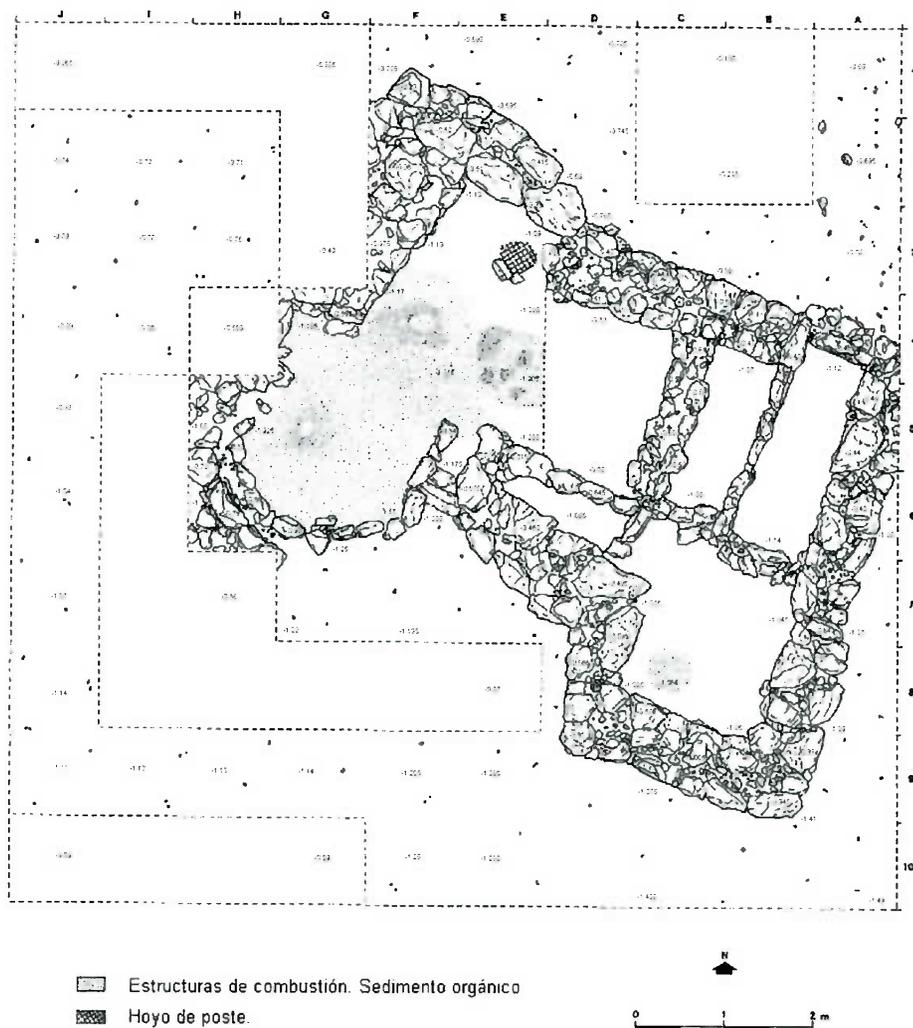


Figura 1. Planta de la estructura. Buenavista (Tegüise, Lanzarote).

y oeste mediante un muro alto y grueso, mientras que el resto de su desarrollo está delimitado por una alineación de rocas bajas hincadas en el suelo las cuales describen un semicírculo casi perfecto. Estos dos últimos espacios encerraban un potente estrato que contenía abundantes sedimentos orgánicos (cenizas) asociados a varias estructuras de combustión. En esa zona y adosado a lo largo del extremo interior del muro oeste se encuentra un banco bajo de piedra construido siguiendo las mismas técnicas que en el resto de la estructura.

El material constructivo utilizado en la parte de estructura conservada fue la roca volcánica local (basaltos), de tamaños variables, empleándose algunas piedras de dimensiones superiores a los 0,50 m de largo; se han aprovechado las caras planas aunque sin que hayan sido aparentemente tra-

bajadas. Rocas de menor tamaño se usaron como cuñas entre los bloques o para rellenar el interior de los muros. La técnica de traba fue la arcilla bajo la forma de un relleno de tierra y ripios, consiguiendo darle así consistencia al muro.

La técnica empleada para levantar los paramentos fue de dos tipos; mientras que los muros exteriores se construyeron con un doble lienzo de mampostería relleno de tierra y pequeñas piedras, los tabiques que delimitan los recintos internos se levantaron con lajas hincadas en el suelo. En ambos casos los muros se asentaron directamente sobre el suelo (la base del estrato II) o sobre la roca base, siendo inexistente la cimentación. El suelo interior, excavado unos 0,40 m por debajo del nivel exterior, está constituido por una fina capa de tierra rojiza batida colocada sobre la roca base.

En el ámbito cultural púnico existen netas diferencias entre el hábitat rural y el urbano (Díes y Matamoros, 1991), de forma que mientras en el segundo se pusieron en práctica técnicas constructivas más depuradas (muros trabajados, paredes cubiertas de arcilla,...), en los asentamientos rurales, como sería el caso de Buenavista, presentan unas dimensiones más reducidas y se hallan asociados a una actividad económica concreta, la explotación de recursos agrarios. En este último caso las estructuras constructivas son bastante toscas ya que las rocas rara vez se cantean, siendo la técnica de traba siempre la arcilla, con escasos revestimientos, por lo general muy groseros. Los suelos son de tierra batida y no existen las cimentaciones o éstas son someras. Su reducido tamaño solía responder al hecho de que se trataba de lugares habitados por pequeños grupos familiares. Comparado con los tres tipos básicos de asentamientos que J.L. López Castro (2008: 152) diferenció para los siglos VI a III a.n.e. en el poblamiento rural fenicio del sur de la Península Ibérica, Buenavista se correspondería con una granja o centro productivo primario, integrado por construcciones rurales aisladas destinadas a la producción agrícola y ganadera, o a la explotación de algún otro recurso. Se trata de pequeñas instalaciones rurales con menos de media ha de extensión orientadas a algún tipo de actividad concreta o a varias actividades productivas pero sin que ello suponga la presencia de instalaciones de transformación de los productos o de elaboración industrial. Los artefactos recuperados en su conjunto apuntan a la existencia de procesos de producción y transformación de alimentos y a su almacenamiento en amplios contenedores con formas de tendencia cilíndrica o troncocónica y bases planas, modelados a mano.

Las referencias cronométricas proporcionadas por Buenavista (Atoche y Ramírez, e.p.) indican que la estructura se construyó en la segunda mitad del siglo X a.n.e., ocupándose a partir de entonces el asentamiento hasta el último tercio del siglo IV a.n.e., fecha en la que la estructura se abandonó. El lugar fue de nuevo visitado a partir de la primera mitad del siglo II a.n.e. y hasta mediados del siglo III d.n.e., una etapa cuyo desarrollo final coincide con un momento que, a nivel de la protohistoria insular, se corresponde con un período de expansión en la ocupación del territorio (etapa de los *mahos*) como atestiguan los numerosos asentamientos pertenecientes a

esos momentos distribuidos por la totalidad de la superficie de la isla. Para entonces, la estructura llevaba ya varios siglos fuera de uso, de ahí que en realidad lo que se reocupó fue el espacio donde se hallaba el antiguo asentamiento y no la estructura en sí misma, por entonces ya derruida. De hecho, comparada con la primera ocupación esta segunda fue de menor intensidad, probablemente estacional, tal y como lo demuestran los registros materiales presentes que, en el caso de los elementos cerámicos se caracterizan por presentar una gran fragmentación. La probable estacionalidad de esta segunda ocupación de Buenavista debió estar directamente relacionada con el pastoreo de ovicápridos y el aprovechamiento por parte del ganado del depósito de agua temporal que aún en la actualidad suele conformarse durante la estación de las lluvias en el extremo occidental de la hoya donde se asienta la estructura. Para entonces la actividad en el área basculó hacia el cercano sitio de El Bebedero, asentamiento que a partir del siglo I a.n.e. concentró una gran actividad ganadera centrada en la producción de cecinas y cueros derivados de ovicápridos, vinculada a la expansión económica romana por el occidente africano puesta en marcha durante el reinado de Juba II.

Entre los numerosos registros materiales recuperados en Buenavista destacan las cerámicas modeladas a torno, representadas por casi cincuenta fragmentos, que en algunos casos han podido identificarse con los recipientes u objetos originales de los que procedían (Lám. IV). Ese es el caso de un fragmento de pasta rojiza con engobe de color beig perteneciente a la boca de un ánfora púnica identificada con la forma Mañá D, tipo de contenedor del que se conoce otro fragmento en el asentamiento fenicio-púnico de Mogador (López y Mederos, 2008: 198). Un segundo fragmento, amorfo, presenta la superficie amarillo rojiza con estrías marcadas, cocción irregular, superficies exfoliables de escasa calidad y corazón oscuro, perteneciente a un ánfora púnica de fabricación lixita. Hay varios fragmentos amorfos de superficies amarillo-rojizas con estrías anchas, a uno de los cuales se le ha calculado un diámetro aproximado de 25 cm, correspondientes posiblemente a un ánfora del tipo Cádiz A4. También está presente un fragmento de la contera de un ánfora de pasta muy fina y color rojizo, posiblemente de origen griego, además de un fragmento de borde perteneciente a un pequeño cuenco semiesférico



Lámina III. Nivel de abandono del estrato II de Buenavista (Teguise, Lanzarote).

elaborado con torno lento. Finalmente, hay un fragmento que se corresponde con la esquina redondeada de una terracota de pasta rojiza del estilo de las pequeñas figuras votivas del sur de la Península Ibérica o Baleares.

De ese conjunto de cerámicas se seleccionó una muestra que fue sometida a estudios litológicos mediante la elaboración de láminas delgadas analizadas con microscopio petrográfico (petrografía óptica de luz transmitida). Los resultados permitieron comparar las muestras teniendo en cuenta varios parámetros texturales (tamaño de grano del desgrasante, relación pasta:desgrasante) y composicionales (mineralogía y proporción relativa de ésta en el desgrasante, grado de anisotropía de la pasta, etcétera), realizándose la discriminación en grupos con similares características. La adscripción geográfica de las muestras se efectuó mediante la comparación de su mineralogía con la existente en las Islas Canarias

además de con los resultados del amplio análisis petrológico efectuado en la colonia fenicia de La Fonteta (Alicante). Finalmente se estudiaron las composiciones y se efectuó el Análisis de Correspondencia Corregido. Como resultado, las muestras se caracterizan por su riqueza en feldespato alcalino, plagioclasa, piroxeno y olivino, y por la ausencia de otros minerales frecuentes en las cerámicas como zircón, chamota, distena o micaesquisto,...

Por tanto constituyen, desde el punto de vista mineralógico, un grupo de cerámicas relativamente homogéneo que, comparado con los grupos considerados por los estudios de caracterización cerámica efectuados en la colonia fenicia de La Fonteta (Alicante) (González Prats, 2008), pertenecientes a diferentes talleres de las colonias fenicias meridionales mediterráneas, presentan notables diferencias con respecto a los grupos CAM-3, CAM-4, CAM-5 y CAM-6. Por el con-



Lámina IV. Fragmentos cerámicos modelados a torno pertenecientes a varias ánforas y una terracota. Buenavista (Tegüise, Lanzarote).

trario, son semejantes a los grupos CAM-1, CAM-2, Cartago, EM-0, ES-1, ES-5 y MC-2, mostrando una afinidad intermedia con los grupos ES-2, ES-3 y ES-4. Por tanto, la caracterización petrográfica de las pastas de las cerámicas de Buenavista pone de manifiesto las grandes semejanzas que presentan con varios de los grupos cerámicos definidos en la colonia fenicio-púnica de La Fonteta, una circunstancia que no solo confirma la procedencia fenicio-púnica de las muestras de Buenavista sino que también atestigua su antigüedad, en correspondencia con la que inicialmente proponían las dataciones radiocarbónicas del yacimiento lanzaroteño, en especial para las muestras de los grupos CAM-1 y ES-5.

Las anteriores cerámicas modeladas a torno aparecen en un contexto estratigráfico en el que dominan las cerámicas modeladas a mano. Para fechas situadas entre los siglos X y IV a.n.e. (estrato II) (Fig. 2), encontramos un primer grupo de vasos caracterizado por presentar unas capacidades muy superiores a la media, integrado por recipientes con formas de tendencia cilíndrica, base plana y asas de lengüeta, vasos de tendencia troncocónica invertida y base plana,

tendencia al casquete esférico, base plana y amplio diámetro de boca. Junto a los contenedores anteriores se recuperaron además otros tipos formados por vasijas con capacidad pequeña o media y formas de tendencia al casquete esférico, en algún caso con la base plana, de tendencia semiesférica ocasionalmente con cuello corto de tendencia troncocónica invertida, de tendencia cilíndrica con paredes rectas, el arranque de un asa de lengüeta y la base plana y vasos de tendencia troncocónica. También hay formas esféricas y alguna forma semiovoidal con arranque de asa, destacando un recipiente de tendencia al casquete esférico elaborado con una pasta cerámica de gran calidad con la superficie exterior de color negro homogéneo. La lista de formas la completan varios micro-recipientes, en un caso de tendencia al casquete esférico, semiesférica, de tendencia esférica y ovoide con perforación en la pared. Resulta significativo el predominio casi absoluto de los recipientes sin decorar; no obstante, se encuentran algunos motivos en los labios realizados con trazos transversales incisos o impresos. Los vasos presentan mayoritariamente paredes finas o medias.

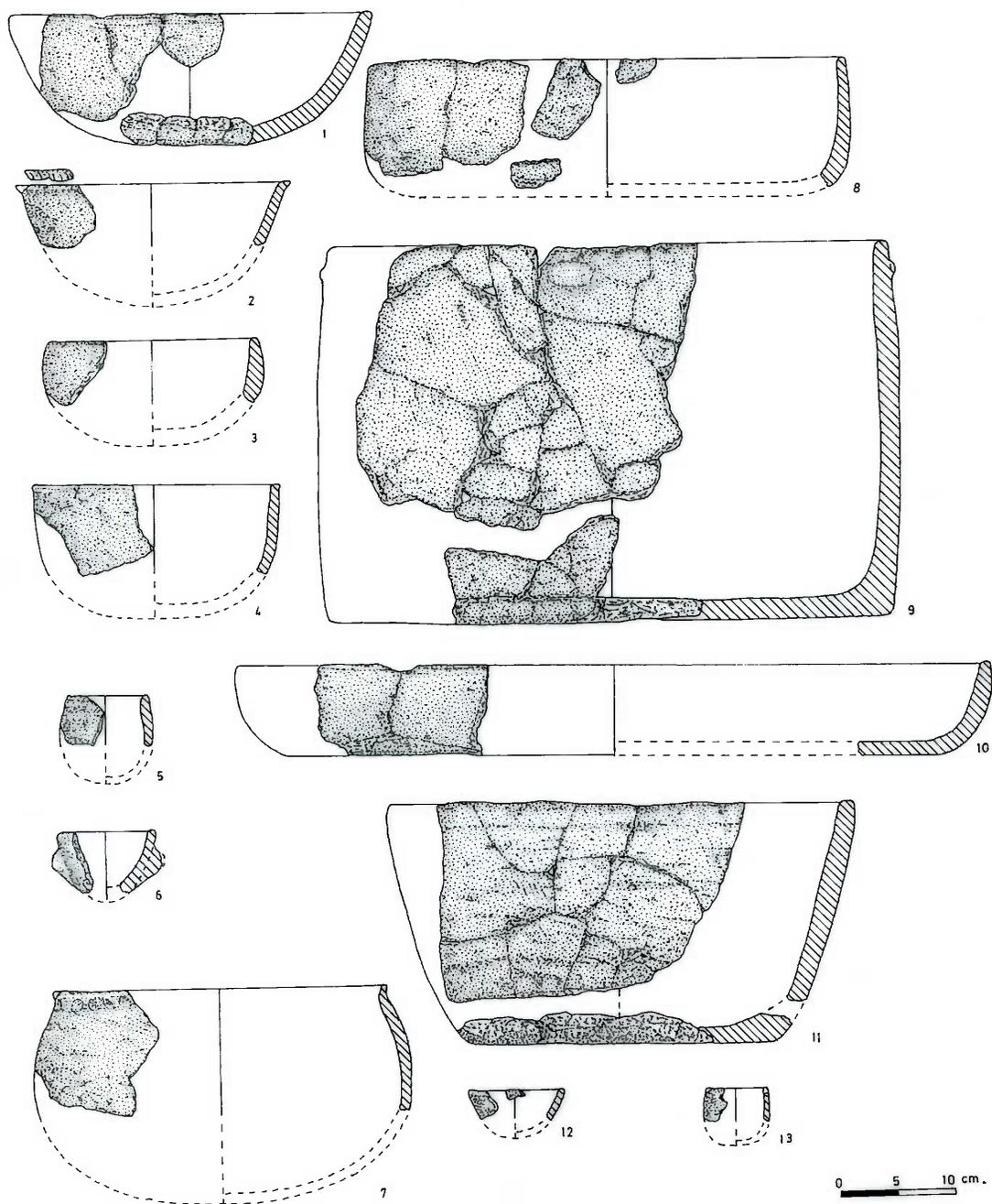


Figura 2. Formas cerámicas modeladas a mano del estrato II (siglos X a IV a.n.e.) (Buenavista. Teguiise).

En el estrato I, para fechas situadas entre los inicios del siglo II a.n.e. y mediados del III d.n.e. (Fig. 3), las cerámicas modeladas a mano corresponden en la mayor parte de los casos a vasijas de cocina con capacidad pequeña o media y formas de tendencia al casquete esférico, en un caso con el labio plano-redondeado y engrosado al exterior, de tendencia semiesférica y labio plano engrosado al exterior, posible tendencia esférica con cuello corto cilíndrico correspondiente a una pequeña olla de cocina, y vasos con forma de tendencia cilíndrica.

Junto a las anteriores también se registra algún ejemplo de vaso de morfología compuesta, con la base de tendencia al casquete esférico y el cuerpo de tendencia troncocónica, labio plano y decorado con impresiones. Son frecuentes los vasos altos con ligero perfil en «S» y también los pequeños recipientes con formas de tendencia al casquete esférico, semiesférica, esférica con cuello corto cilíndrico, de tendencia troncocónica invertida con la base plana o con una forma compuesta con la base semiesférica y el cuerpo superior troncocónico.

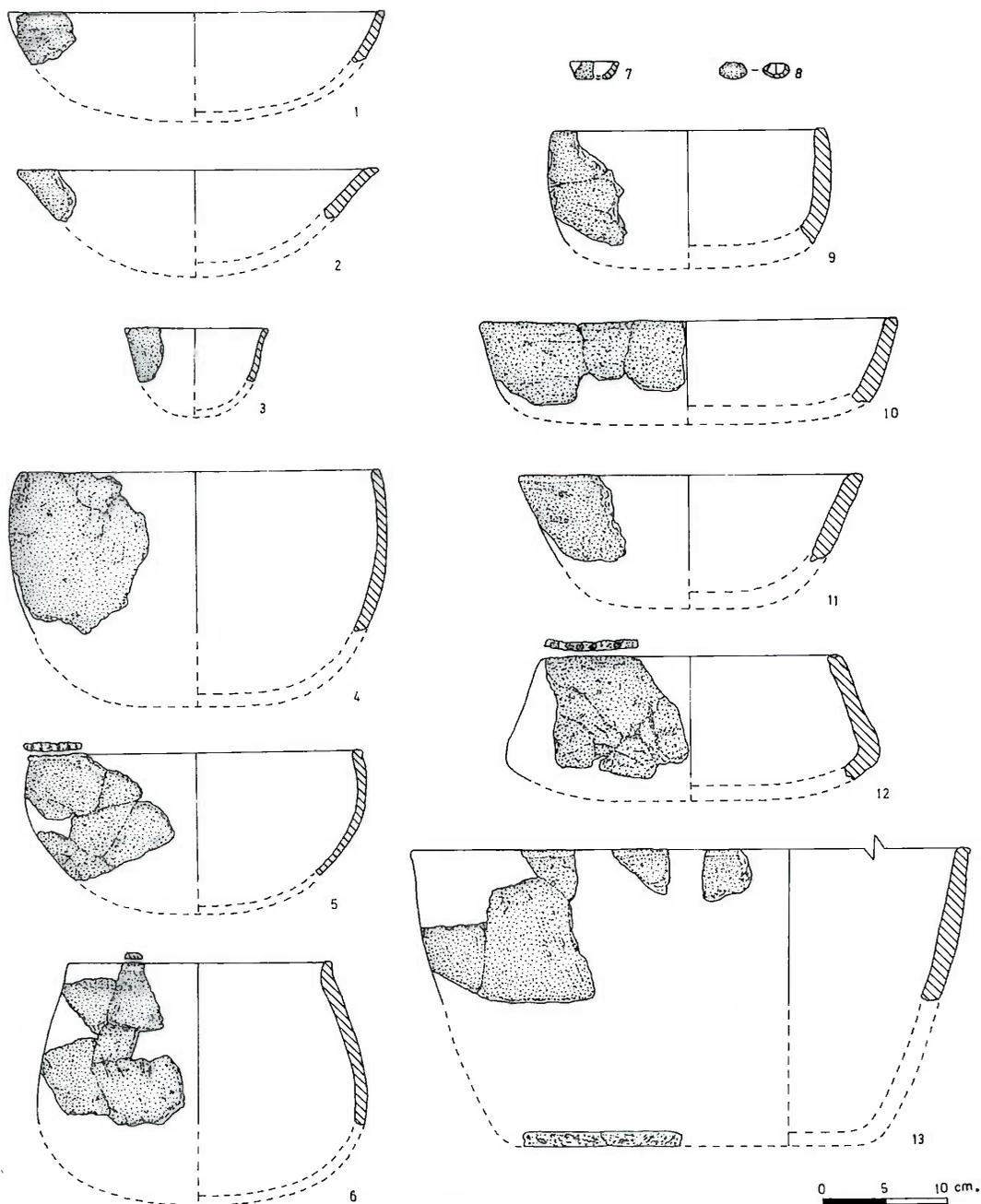


Figura 3. Formas cerámicas modeladas a mano del estrato I (siglos II a.n.e. a mitad del III d.n.e.) (Buenavista, Teguişe).

En este estrato vuelven a estar presentes los recipientes con una alta capacidad, muy por encima de la media, caracterizados por presentar bases planas y el cuerpo cilíndrico o troncocónico invertido. Como norma general, los recipientes cerámicos del estrato I presentan paredes altas, con espesor medio y ocasionalmente grueso, labios planos o redondeados, a veces engrosados al exterior o decorados con impresiones finas o pequeñas impresiones transversales de tendencia circular o incisiones. Hay bordes rectos con labios planos, ocasionalmente decorados

con una ancha acanaladura longitudinal. Los cuellos son cortos y responden a formas de tendencia troncocónica invertida o de tendencia cilíndrica. Las decoraciones se localizan tanto en las superficies exteriores, donde se han desarrollado motivos simples conformados por trazos incisivos lineales o en zig-zag, como en los labios donde se localizan series de incisiones transversales al mismo.

Junto a lo anterior también se contabilizaron varios elementos metálicos, de cobre, bronce y hierro (Lám. V), además de un abalorio vítreo.



Lámina V. Elementos metálicos de cobre, bronce y hierro. Buenavista (Teguise, Lanzarote).

3.2. El sitio de El Descubrimiento (La Graciosa) (Lám. VI)

Los cambios climáticos acaecidos tras el último interglacial generaron oscilaciones en el nivel del mar de Canarias que quedaron reflejadas en las islas orientales del archipiélago en depósitos litorales sedimentarios situados entre los 0 y +1,5 m, caracterizados por contener una abundante fauna malacológica marina. F. García-Talavera (2003) estudió un depósito de esas características en la Bahía del Salado (La Graciosa), puerto natural situado en la vertiente sureste de la isla frente a los acantilados de Famara (Lanzarote). Se trata de un cordón litoral discontinuo con una elevación de entre 0 y +0,2 m cuyas características morfo-sedimentarias y paleontológicas permiten correlacionarlo con el cordón litoral Holoceno del norte de Fuerteventura y Lanzarote, datado por el C^{14} en el 3.100 B.P. en Caleta Bajo del Mejillón (Fuerteventura).

En La Bahía del Salado los sitios estudiados fueron Punta de los Corrales y El Descubrimiento, hallándose en el primero fragmentos de cerámica incluidos en el cordón litoral aunque en menor cantidad que en el segundo, donde un pequeño

relicto del cordón Holoceno proporcionó casi dos decenas de fragmentos de cerámica modelada a torno, un hueso de ovicáprido y un hueso de ave, restos que venían a demostrar la presencia humana en el lugar desde fechas muy antiguas. Los registros se recuperaron en posición secundaria como resultado del dismantelamiento de un depósito original de ubicación hoy desconocida. La actividad antrópica sería además la responsable de que más del 90% de la fauna malacológica que contiene el cordón en ese lugar esté constituida por conchas de una sola especie, *Thais haemastoma*, fuertemente fragmentadas de forma artificial y consolidadas junto a los restos arqueológicos. Lo anterior sería indicativo de la llegada a La Graciosa de gentes mediterráneas relacionadas con el comercio de la púrpura en una fecha muy antigua situada por una datación realizada por el método OSL (Universidad Autónoma de Madrid) sobre un fragmento de cerámica en el 3.090 B.P.

Estudios posteriores de R. González y M^a.C. del Arco (2009) centrados en los restos arqueológicos de El Descubrimiento han permitido contextualizarlos desde la perspectiva cultural y cronológica. Los registros fueron objeto de distintas analíticas; a nivel cronológico se consiguieron



Lámina VI. Sitio de El Descubrimiento (Bahía del Salado, La Graciosa).

tanto dataciones radiocarbónicas como de termoluminiscencia. En el primer caso se analizó una muestra de *Thais haemastoma* y otra del hueso de oviáprido, obteniéndose unas fechas dispares (130 a.n.e. y 830 d.n.e.) (op. cit.: 79) extremadamente discordantes entre sí y sobre todo con la fecha geológica atribuida al cordón litoral en el que estaban insertas las muestras, lo que hizo descartarlas (op. cit.: 13). Las dataciones por termoluminiscencia se efectuaron a dos fragmentos cerámicos fabricados a torno, obteniéndose unos resultados más acordes con el contexto del que procedían (1096 \pm 278 a.n.e. y 950 \pm 277 a.n.e.).

La gran fragmentación de las cerámicas impidió reconocer sus tipologías dificultando su adscripción cultural, la cual se intentó a través de la caracterización petrográfica. Así se dedujo que el número mínimo de recipientes representados en la muestra analizada era de diez, una cantidad elevada indicativa de una actividad antrópica intensa (op. cit.: 16), las cuales fueron cocinadas a temperaturas relativamente altas (entre 600° y 800° C); presentan unas morfologías que en la mayor parte

de los casos se corresponde con recipientes contenedores de tipo anfórico. En suma, se trata de un conjunto cerámico que por la composición que presenta no pudo relacionarse con producciones locales gadiritas o del Bajo Guadalquivir, proponiéndose un origen mediterráneo (op. cit.: 17).

Junto a los elementos anteriores destaca la gran cantidad de *Thais haemastoma* que aparece en el mismo contexto. Se trata de una especie muy frecuente en el canal que separa las islas de La Graciosa y Lanzarote con un potencial aprovechamiento en la industria de tintes (Mederos y Escribano, 2006).

En conjunto, los hallazgos producidos en El Descubrimiento parecen el resultado de la frecuentación de antiguas navegaciones por el Atlántico meridional las cuales recalarían en Canarias durante el Bronce Final, abriéndose nuevas perspectivas acerca de la antigüedad del conocimiento de las islas elevándola a tiempos muy anteriores a los que hasta ahora se consideraban para enclaves coloniales de la cercana costa africana, tales como Lixus o Mogador. El sitio de El Descubri-

miento sería la puerta de entrada a un espacio más extenso, Lanzarote, en el que como hemos visto los trabajos arqueológicos más recientes han evidenciado la presencia de un asentamiento estable en Buenavista con dataciones carbonométricas muy cercanas a las propuestas para el yacimiento de La Graciosa.

3.3. Los sitios de El Bebedero y Rubicón (Lanzarote) (Láms. VII y VIII)

En Canarias los primeros registros materiales de procedencia cultural romana comienzan a recuperarse hace casi cinco décadas en aguas de La Graciosa; se trataba de varios recipientes anfóricos que fueron considerados bajoimperiales (Serra, 1966 y 1970; Pellicer, 1970) e identificados con la forma Beltrán 74 (Beltrán, 1970: 575-576). Con posterioridad J. M. Blázquez (1977: 48-49) cataloga un nuevo conjunto de piezas recuperadas en similares condiciones a las anteriores como ánforas romanas de los tipos Dressel 30 y 33 y Pelichet 47. Si bien algunos de estos primeros hallazgos se han descartado como romanos tras analizar la composición de sus pastas cerámicas (Atoche et al., 1995: 75-76), en la actualidad se cuenta con un nutrido conjunto de hallazgos procedentes tanto de las costas canarias como de tierra firme.

En tierra firme las evidencias romanas se han registrado en dos sitios de Lanzarote, El Bebedero y Rubicón; en el primero de ellos aparecieron contextualizados en una amplia secuencia estratigráfica (estratos V y IV) casi un centenar de fragmentos cerámicos modelados a torno pertenecientes a grandes contenedores anfóricos (Lám. IX), varios artefactos metálicos elaborados en hierro, cobre y bronce, y un abalorio de vidrio. La posición estratigráfica que ocupaban, las dataciones radiocarbónicas, el estudio tipológico, además de las analíticas petrológica, metalográfica y vítrea efectuadas (Atoche et al., 1995), nos permitieron asegurar su adscripción a la cultura romana, con unos límites temporales enmarcados desde finales de la República a los inicios del Bajo Imperio; en concreto, la serie de dataciones que se les asocian sitúan a esos elementos en un marco cronológico que discurre desde el último cuarto del siglo I a.n.e. hasta el primer cuarto del siglo IV d.n.e. (Atoche, 2009), determinándose así que la presencia de gentes romanas y/o romanizadas en Lanzarote se prolongó durante cuatro centurias.

Para los artefactos metálicos la analítica demostró (Atoche et al., 1995: 80-88) que en unos casos correspondían a objetos de cobre (una aguja o pasador de broche, una anilla o arete y una lámina o fragmento de brazalete), a objetos de bronce (dos fragmentos de clavos de sección cuadrangular y un pequeño eslabón de cadena) y a objetos de hierro cuya avanzada oxidación imposibilitó identificarlos. El abalorio vítreo presenta una composición propia de los vidrios romanos altoimperiales (op. cit.: 88-96), identificándose con una pequeña cuenta de perfil cilíndrico y sección circular (Guido, 1978: 91-102) que, por su tamaño y forma, perteneció a un abalorio de los utilizados en joyería (Dusenbery, 1967: 48, fig. 50; Alarçao, 1976: 211).

Aunque los datos anteriores son de por sí determinantes para certificar la presencia continuada en Lanzarote de gentes romanas y/o romanizadas, han sido la variabilidad formal, la diferente procedencia y la amplitud cronológica de los hallazgos anfóricos los aspectos que nos han facilitado una información más precisa. Si bien no se recuperó ningún contenedor completo sí pudo determinarse que en el casi centenar de fragmentos cerámicos modelados a torno estaban presentes partes de un mínimo de once ánforas que, una vez sometidas a análisis petrográficos (Atoche et al., 1995: 44-71), permitieron comprobar la existencia de varios grupos cerámicos determinados por sus características litológicas y texturales, las cuales a su vez determinan tres distintas áreas geográficas de procedencia para las materias primas con las que fueron fabricadas las ánforas. La petrografía permitió además correlacionar las muestras cerámicas analizadas con tipos anfóricos concretos de la clasificación propuesta por D.P.S. Peacock y D.F. Williams (1986). En síntesis, se identificaron contenedores fabricados en la Campania, correspondientes a las formas Class 3, 4 y 5 (Dressel 1A, 1B y 1C), datadas entre el siglo I a.n.e. y los inicios del siglo I d.n.e., los cuales originariamente servirían para el transporte de vino campano (Peacock y Williams, 1986: 86-92). Un segundo grupo se fabricó en la Bética; se trata de contenedores correspondientes a las Class 25 y 26 (Dressel 20 y 23) (op. cit.: 137-141) y a la forma Almagro 51C (Bost et al., 1992: 146 y 198, fig. 42, nº 2), datadas entre el siglo I y el siglo V d.n.e., y destinadas originariamente a contener aceite y salazones del sur de la Península Ibérica. El tercer grupo se fabricó en el norte de África (Túnez) y



Lámina VII. Sitio de El Bebedero (Teguise, Lanzarote).



Lámina VIII. Sitio de Rubicón (Yaiza, Lanzarote).

atienden a la Class 40 (Benghazi MR 1) (Peacock y Williams, 1986: 175-176), de la que se desconoce cuál fue su destino explícito, y probablemente a la forma Africana I (pequeña), identificada con la Class 33 (op. cit.: 153-154) y destinada sobre todo al transporte de aceite. Estas ánforas de origen tunecino se difunden por el Mediterráneo a partir del siglo II y hasta el siglo V d.n.e. La presencia de ánforas de tipología bética no solo es muestra de una continuidad en los circuitos comerciales sino que revela a todas luces la existencia de una perduración en la unidad económico-cultural que ya existía en época prerromana.

El contexto arqueológico en el que aparecieron los elementos anteriores, con una fuerte presencia de restos óseos de ovicápridos, permite asegurar que la permanencia romana en Lanzarote respondió a un fenómeno de intensificación económica que se desarrolla entre los siglos I a.n.e. y IV d.n.e. centrado en el aprovechamiento de recursos insulares (cecinas y/o salazones de carnes de ovicápridos, cueros curtidos,...). En ese sentido, tanto El Bebedero como la Caldereta de Tinache constituyeron factorías ganaderas, activas estacionalmente, en las que durante los meses de febrero a abril se sacrificaba y procesaba la carne y cueros de un número elevado de cabezas de ganado menor (cabras y ovejas) (Atoche et al., 2007), obteniéndose unos productos con destino a los mercados mediterráneos, probablemente a través del puerto de *Gades*, el cual durante más de un milenio canalizó gran parte de las producciones de la Mauritania occidental (Martínez y Carreras, 1993: 102).

Durante esa fase de intensificación económica la colonización de Lanzarote se caracterizó por una limitada presencia humana, distribuida por el territorio de manera dispersa, como muestran los asentamientos localizados tanto en la costa (Rubicón) como en el interior de la isla (El Bebedero, Caldera de Tinache, Buenavista,...) adscribibles a la fase I de El Bebedero (Atoche et al., 1989). Un modelo de ocupación del territorio que refleja tanto el tipo de actividades económicas implantado en la isla en esos momentos como los muy localizados recursos hídricos con que aquélla contaba para el desarrollo de esas actividades.

A los anteriores hallazgos de El Bebedero se une Rubicón (Atoche et al., 1999), un asentamiento localizado en el extremo meridional de Lanzarote, zona caracterizada por presentar una costa abierta y protegida donde se suceden las pla-

yas aptas para el fondeo de navíos. En una de esas playas, denominada de *Los Pozos*, se encuentran varias estructuras objeto de una continuada reutilización desde la Antigüedad tardía y vinculadas a un punto de recalada inicialmente establecido por navegantes fenicio-púnicos y posteriormente reutilizado por marinos romanos (Atoche et al., 1999; Atoche, 2003), reproduciéndose el modelo de asentamiento establecido para otras factorías púnico-romanas fundadas a lo largo de las costas de la Mauritania occidental en diferentes momentos del I milenio a.n.e.

El asentamiento se sitúa a muy pocos metros de la línea de costa, ocupando la desembocadura de un pequeño barranco, tanto el cauce como la ladera de una elevación situada a 15 m.s.n.m. En esta última se han localizado los restos de una estructura habitacional rectangular abierta de unos 13 m², levantada con muros de piedra y mortero de barro. A escasa distancia, en el cauce del barranco, se abren dos pozos de características arquitectónicas muy diferentes; en ambos casos se trata de construcciones subterráneas con muros de bloques de arenisca, la mayor de las cuales se denomina *Pozo de San Marcial* y presenta dos cámaras perpendiculares cubiertas por bóvedas de cañón a las que se accede por una rampa escalonada flanqueada por sendos muros de contención. El segundo pozo, denominado *Pozo de la Cruz*, es de menores dimensiones y posee una sola cámara con cubierta adintelada, a la que se accede por una larga y estrecha escalinata cubierta con una falsa bóveda lograda mediante aproximación de hiladas. La presencia en uno de los bloques de la pared que sostiene el dintel del hueco que da acceso a la cámara de un motivo grabado que reproduce el signo antropomorfo empleado para representar a la diosa fenicio-púnica Tanit (Arco et al., 2000) (Lám. I), señala con claridad al ámbito cultural de la protohistoria magrebí, región en la que la apertura de pozos y cisternas de similares características al que analizamos constituyó una actividad cotidiana en los ambientes culturales marcados por la colonización fenicio-púnica. Su estructura conjuga elementos arquitectónicos ampliamente conocidos por púnicos y griegos, un esquema constructivo que se repite de forma continua en las tumbas púnicas con cámara subterránea y acceso escalonado, repartidas por todo el Mediterráneo occidental y reutilizadas en más de una ocasión para el almacenamiento del agua de lluvia. Pero además, la presencia del signo de



Lámina IX. Fragmentos cerámicos modelados a torno pertenecientes a varias ánforas. El Bebedero (Teguise, Lanzarote).

Tanit, una representación religiosa indiscutiblemente púnica, en el dintel del hueco que da acceso a la cámara señala directamente hacia la autoría de la misma: gentes púnicas o punicizadas, quienes lo levantarían en fechas coetáneas o posteriores a la segunda mitad del siglo V a.n.e. en base a las cronologías estimadas para la presencia de Tanit en el Occidente mediterráneo (González Alcalde, 1997: 330).

Por el contrario, los paralelos del pozo de mayores dimensiones se encuentran en las cisternas romanas, el sistema de almacenamiento de agua más difundido en todas aquellas zonas del Imperio con un régimen irregular de lluvias. Construidas mayoritariamente bajo tierra, cons-

tan de una, dos o más cámaras cubiertas siempre con bóvedas de cañón. Cisternas de este tipo están presentes en todas las áreas romanizadas del Mediterráneo (Aïn Mizeb, Aïn-el-Hamman, Bararus y Sutunurca II,...), sin embargo es en la *Mauretania Tingitana* donde las encontramos en mayor número, por lo general vinculadas a factorías romanas de *garum* y salazones (Ponsich, 1988). La presencia de unas estructuras como éstas en Lanzarote y su vinculación a un asentamiento de las características descritas refuerza la presencia de gentes romanas y/o romanizadas atestiguada en El Bebedero, además de ponernos sobre la pista del papel que las Canarias debieron representar en los circuitos marítimos y económicos en los

que se hallaban integrados los establecimientos de las costas atlánticas del actual Marruecos fundados por navegantes fenicio-púnicos y más tarde ampliados por Juba II y el Imperio Romano. Rubicón y algún otro sitio de similares características localizado en Fuerteventura representan un tipo de asentamiento con unas estructuras paralelizables a las que se hallan en las factorías ubicadas en la cercana costa africana, manteniéndose en funcionamiento durante casi todo el periodo romano-mauritano explotando los abundantes recursos marinos y terrestres de esa región atlántica. Globalmente analizado, en Rubicón se reconoce el paisaje de los fondeaderos fenicios, cuya existencia se explica por las óptimas condiciones portuarias y pesqueras de la zona, lugar de paso y permanencia de escómbridos y túnidos, además de punto estratégico dentro del itinerario más idóneo para acceder o salir del archipiélago desde o hacia las cercanas costas saharianas. Rubicón se constituye, junto con Buenavista, en la evidencia de una temprana y continuada presencia de infraestructuras de origen mediterráneo, fenicio-púnicas primero y romanas más tarde, en puntos estratégicos de Lanzarote y Canarias.

Además de los sitios en tierra firme descritos, la arqueología canaria también dispone de un amplio conjunto de ánforas romanas recuperadas en las costas, las cuales permiten ampliar el área por la que se movieron los navegantes romanos y/o romanizados a la totalidad del archipiélago (Mederos y Escribano, 2002). Los recipientes se han localizado en la Playa de Los Charcos (Lanzarote), un fragmento del tercio superior de un ánfora del tipo Almagro 51C; en El Río (La Graciosa), un fragmento del tercio superior de un ánfora del tipo Dressel 7-11; en Fuerteventura, sin localización exacta, un fragmento del tercio superior de un ánfora del tipo Dressel 30; en Mogán (Gran Canaria), un fragmento de ánfora del tipo Dressel 1; en la desembocadura del Barranco de Guiniguada (Gran Canaria), un fragmento del tercio superior de un ánfora del tipo Keay XXXI; en Punta de Guadamojete (Tenerife), un fragmento del tercio superior de un ánfora del tipo Dressel 2-4 y un ánfora casi completa a falta del tercio inferior del tipo Benghazi MR; en Punta de Teno (Tenerife), un fragmento del tercio superior de un ánfora del tipo Africana II; en El Pris (Tenerife), un cuello y boca de un ánfora del tipo Dressel 1A.

Las referencias cronológicas disponibles para los anteriores registros materiales romanos son

de dos tipos: las dataciones C¹⁴ aportadas por El Bebedero y las referencias cronológicas derivadas del tiempo de pervivencia que se le reconoce a cada uno de los diferentes tipos de ánforas fabricadas por los romanos. Estas últimas son menos precisas debido a la longevidad que se dio en el uso de algunas formas, como son los casos de las Class 25 y 26 o de la Almagro 51C, utilizadas entre los siglos I y V d.n.e. Sin embargo, la serie de fechas C¹⁴ de El Bebedero permite delimitar con más precisión los momentos iniciales y finales de la presencia romana, los cuales pueden ponerse en relación con dos momentos históricos que marcaron el punto de partida y el momento final de un extendido fenómeno económico desarrollado en la cercana costa africana: el periodo de revitalización y ampliación a cargo de Juba II de la actividad productiva en las antiguas factorías de salazones fundadas por los navegantes fenicio-púnicos en el litoral de la *Mauretania Tingitana* (siglos I a.n.e.-I d.n.e.), y el momento marcado por la crisis político-económica que afectó al Imperio Romano en el siglo III d.n.e. A partir de finales de ese siglo la presencia romana al sur de *Volubilis* fue solo testimonial, finalizando de forma definitiva hacia mediados del siglo V d.n.e., en un instante coincidente con el abandono del establecimiento de Essauira-Mogador y el declive final de la industria de salazones, la cual irá decayendo lentamente en todo el Occidente mediterráneo hasta alcanzar, en algún caso, el siglo VI d.n.e. Más al sur, a lo largo de la costa atlántica subsahariana, la presencia de elementos culturales romanos perdura hasta el siglo IV d.n.e., como lo atestiguan entre otros los hallazgos monetarios de Costa de Marfil (Picard, 1978: 22-24).

En consecuencia, la fecha en la que se produjo la expedición enviada por Juba II de Mauritania a Canarias (entre el año 25 a.n.e. y los años 12/7 a.n.e.) (Santana et al., 2002: 243) puede considerarse el punto de partida oficial de la presencia en las islas de gentes romanas y/o romanizadas, una presencia motivada por razones que sin duda hay que rastrear en la prosperidad económica alcanzada por la *Mauretania Tingitana* tras su incorporación al Imperio, la cual concluye en la segunda mitad del siglo III d.n.e., coincidiendo con la profunda crisis que afecta a todo el Imperio y que trae consigo la anarquía militar, invasiones, revueltas indígenas y graves problemas económicos. Tal estado de inseguridad general dificultó las comunicaciones y propició la crisis del aparato produc-

tivo así como la tendencia hacia una economía autárquica; consecuentemente, decreció la producción y el comercio, los productos escasearon y, como resultado, se estanca la actividad ciudadana y muchos centros urbanos reducen su superficie, despojándose amplias zonas fértiles (Rémondon, 1973: 36-37). En el norte de África, esa situación alcanzó su punto álgido en tiempos de Diocleciano, cuando se evacua el extremo meridional de la Tingitana, el más próximo a Canarias, haciendo que a partir del siglo IV d.n.e. el río *Loukus* sea la nueva frontera (Rebuffat, 1987). Como resultado, durante el Bajo Imperio se produce la práctica desaparición de la amplia actividad comercial anterior y con ella uno de sus soportes principales, la industria de salazones. Las factorías de la costa atlántica de la Mauritania reducen drásticamente su número y el volumen de la producción, la cual se orientará a partir de entonces a cubrir casi exclusivamente las necesidades locales. Esa situación de crisis y posterior transformación de las estructuras económicas mauritanas debió ser sin duda la razón del cese de la actividad romana en las islas y el consecuente aislamiento de éstas.

4. EL CONTEXTO CRONOLÓGICO: LAS DATACIONES RADIOCARBÓNICAS

Entre los arqueólogos canarios el método de datación basado en el C¹⁴ ha generado una cierta desconfianza, llegándose en algún caso incluso a desaprobar su uso; esa actitud sin embargo no ha impedido que algunos lo empleáramos con cierta frecuencia y mucho espíritu crítico lo que nos ha permitido detectar pequeñas alteraciones y contrastar su validez (Arco et al., 1997; Atoche, 2009). En suma, admitiendo que las dataciones isotópicas presentan limitaciones como consecuencia de que cualquier análisis histórico acerca de la colonización del archipiélago canario debe tomar en consideración las referencias cronológicas disponibles, casi 200 dataciones procedentes de unos 70 yacimientos, de las cuales el conjunto más amplio procede de Tenerife, isla donde las series de fechas proporcionadas por algunos enclaves habitacionales (cuevas de La Arena, Las Palomas, Don Gaspar y Los Guanches), permiten situar el momento más antiguo de su colonización en el arranque del I milenio a.n.e. (950 AC cal. Cueva de Los Guanches) (Gak-14.599). A esa fecha le siguen otras dos del siglo VI a.n.e., una de la Cueva de la Arena (600

AC cal.) (CSIC-189) y la otra de la propia Cueva de los Guanches (575 AC cal.) (Gak-14.600). A partir de ese instante son varias las dataciones que existen para el siglo III a.n.e., igualmente para asentamientos del norte de Tenerife (Cueva de Las Estacas 1 y Cueva de Las Palomas) (Beta-127.932; Gak-13.087), las cuales se pueden relacionar con el dato cronológico más alto conocido para La Palma, isla donde la fecha registrada en la Cueva de La Palmera (203 AC cal.) (GrN-13.753) marca por ahora la primera presencia humana ahí. Para las islas de El Hierro y La Gomera las referencias radiocarbónicas existentes son extremadamente escasas, mientras que para Gran Canaria las dataciones disponibles presentan una irregular distribución espacial y cronológica contribuyendo muy poco al ajuste cronológico de los procesos culturales a nivel insular y mucho menos regional. La isla de Fuerteventura no presenta un número elevado de dataciones si bien éstas corresponden a una serie muy homogénea obtenida en la Cueva de Villaverde donde se sitúa por ahora la más antigua ocupación de la isla en el siglo III d.n.e. (275 DC cal.) (CSIC-556). En la isla de La Graciosa como ya hemos visto el yacimiento de El Descubrimiento ha proporcionado dos dataciones obtenidas por termoluminiscencia que sitúan el inicio de la presencia humana en esa isla en la transición del II al I milenio a.n.e. (1096 ±278 a.n.e. y 950 ±277 a.n.e.); la antigüedad de esas dataciones unida al contexto arqueológico del que proceden permiten situar en el arranque del I milenio a.n.e. el instante a partir del cual debió iniciarse el proceso colonizador del archipiélago canario. Finalmente, Lanzarote cuenta con una amplia serie de fechas que han permitido confirmar una cierta preeminencia temporal de la isla en el proceso de colonización del archipiélago. La cercanía de esa isla y de La Graciosa al continente africano, la mayor antigüedad de las fechas que han proporcionado y varios de los registros arqueológicos recuperados, vendrían además a confirmar el modelo preconizado por la biogeografía insular (González, 1999), el cual da mayores posibilidades a ese tipo de islas de cara a su más pronta colonización en relación con el resto del archipiélago.

Las referencias radiométricas disponibles para Lanzarote se han obtenido en cuatro sitios (El Bebedero, Caldereta de Tinache, Buenavista y Valle de Femés) (Atoche, 2009). Son un total de 32 dataciones, entre las cuales el grupo más amplio lo forman 17 referencias obtenidas en El

Bebedero, en su mayor parte relacionadas con la presencia de gentes romanas y/o romanizadas en la isla. A la anterior le siguen en número las series de la Caldereta de Tinache, constituida por siete referencias (Atoche et al., 2007) y de Buenavista (Atoche et al., 2009; Atoche y Ramírez, e.p.), constituida también por siete referencias, las primeras acordes con los contextos romanos y/o romanizados de El Bebedero y las segundas en parte contextualizadas con un conjunto de artefactos de procedencia fenicio-púnica. El total de dataciones se completa con la obtenida en el Valle de Femés, en un perfil estable sin evidencias arqueológicas. En su conjunto las dataciones de Lanzarote se correlacionan con varias de las etapas y fases que hemos establecido para sistematizar la protohistoria canaria (Atoche, 2008), de modo que la fecha más antigua aportada por la Caldereta de Tinache data un momento anterior a la primera presencia humana en la isla debiendo trasladarnos a Buenavista para encontrar el nivel arqueológico más antiguo fechado entre los siglos X a.n.e. (960 BC cal.) (Beta-251.322) y IV a.n.e. (380 y 330 BC cal.) (Beta-230.885 y Beta-237.340) con una fecha intermedia ubicada en el 530 BC cal. (Beta-237.341). El hecho de que la datación del siglo X a.n.e. proceda de una muestra orgánica recogida en la base de uno de los muros exteriores que integran la estructura habitacional atestiguada en Buenavista permite asegurar que en ese siglo ya está presente en la isla un grupo humano, el cual a su vez marca el inicio de la presencia cultural fenicio-púnica en las islas que parece perdurar, a tenor de las dataciones proporcionadas por el mismo asentamiento (180 BC cal.) (Beta-251.323) y Femés (190 BC cal.) (Beta-172.350), hasta un momento cercano a la fecha de la destrucción de Cartago. En definitiva, las anteriores dataciones señalan que la primera presencia humana en Lanzarote se produjo en el siglo X a.n.e., momento en el que la isla sería frecuentada por marinos fenicios quienes llevarían a cabo una primera colonización con un contingente de población afín, fenómeno del que el sitio de Buenavista constituye un ejemplo del patrón locacional que se puso en práctica. A partir del siglo VI a.n.e. el proceso colonizador insular debió reforzarse coincidiendo con la expansión de Cartago (Fantar, 1988; Frutos Reyes, 1991; Aubet, 1994), ciudad que en esos momentos se lanza al dominio efectivo de amplios territorios de África y al cierre del Estrecho de Gibraltar a otros navegantes (López Castro, 1992). En con-

secuencia, en Buenavista nos hallamos ante una comunidad muy antigua que posee evidentes elementos procedentes de la cultura fenicio-púnica del Mediterráneo occidental, los cuales sabemos que perdurarán con posterioridad en el ámbito de las poblaciones insulares, determinando aspectos tan fundamentales como los ritos funerarios o las creencias religiosas.

Al periodo temporal que va desde el siglo X a.n.e. al siglo II a.n.e. debe corresponder al menos una de las infraestructuras hidráulicas presentes en el sitio de Rubicón, el denominado *Pozo de la Cruz*, un punto estratégico de la costa del sur de Lanzarote en los itinerarios marítimos que sirvieron de entrada y salida del archipiélago, resultado de un fenómeno de frecuentación marítima que, en opinión de García y Bellido (1942: 177), pudo haber sido iniciado por la cultura tartésica. La ruta marítima que recorre la costa atlántica de los actuales Marruecos y Mauritania es conocida cuando menos desde el Neolítico cardial, momento a partir del cual se establecen unas fuertes relaciones culturales entre el sur de la Península Ibérica y el noroeste africano las cuales se hicieron muy evidentes durante el Bronce Pleno y Final. A las fechas anteriores les siguen otras que sitúan estratos de El Bebedero, Buenavista y la Caldereta de Tinache en distintos momentos ubicados entre el siglo I a.n.e. y el siglo XIV d.n.e., en este último caso en un instante muy próximo al inicio de la conquista normando-castellana responsable de la finalización de la protohistoria en el archipiélago canario.

En torno al cambio de Era se inició la explotación intensiva del territorio de Lanzarote, fenómeno que se sustentó en un tipo de asentamiento que respondía a un modelo de factorías agrarias (El Bebedero, Caldereta de Tinache,...) vinculadas a los intereses económicos del mundo romano (Atoche, 2006). Hasta ese momento la isla solo había sido objeto de una colonización de baja intensidad, representada tanto por algún enclave en la costa como del interior, dicotomía que también se refleja en la manera diferencial de ocupar el territorio insular: hasta el siglo IV d.n.e. mediante un patrón disperso basado en asentamientos de pequeña entidad y funcionalidad orientada a la realización de actividades agropecuarias y a partir de ese instante mediante un patrón concentrado en núcleos urbanos de diferente entidad.

En suma y en el marco de la fasificación de la protohistoria canaria (Atoche, 2008) esta primera

etapa del poblamiento de las islas abarca casi un milenio y medio, espacio temporal durante el cual se sucederían el inicio y posterior desarrollo de la exploración de los recursos del Atlántico africano, el descubrimiento de los archipiélagos canarios (Santana et al., 2002; Atoche, 2003), su colonización y el posterior establecimiento de los primeros grupos humanos. Los iniciales asentamientos establecidos en la isla de Lanzarote debieron estar ocupados por gentes íntimamente relacionadas con los marinos fenicio-púnicos que fundaron la amplia serie de factorías comerciales existentes a lo largo de la cercana costa marroquí. A partir del siglo I a.n.e. cuando arranca la presencia romana y/o romanizada en aguas canarias, se incrementó la actividad propiciándose un cambio profundo en el modelo de explotación de los recursos insulares. Hasta entonces, el territorio interior de Lanzarote no parece haberse puesto en explotación o, si ésta se había producido, no tuvo la suficiente intensidad como para modificar el paisaje de manera perceptible. En ese sentido, las columnas polínicas y la adecuada ubicación cronológica del registro polínico han permitido establecer una clara correlación entre las diferentes etapas y fases del poblamiento protohistórico de la isla de Lanzarote y el impacto medioambiental que las distintas variables socio-económicas de ese proceso generaron como resultado de las estrategias económicas puestas en práctica en cada etapa (Atoche, 2009). Así, y de una forma general, hemos constatado que los cambios hacia una mayor aridez se produjeron en la isla pasados algunos siglos desde el establecimiento definitivo de los primeros grupos humanos, hecho indicativo de que las transformaciones medioambientales, cuando tuvieron lugar, fueron generadas por nuevos intereses económicos que incrementaron considerablemente la presión que hasta entonces ejercía el hombre sobre el medio insular (Atoche, 2003).

Tras la caída de Cartago en el 146 a.n.e. los datos suministrados por la arqueología indican que a partir del siglo I a.n.e. la intensificación económica que se produce en el Atlántico canario-norteafricano, del que fue responsable Juba II, mantuvo la presencia efectiva en Canarias de gentes ajenas a las islas. Navegantes romanos y/o romanizados procedentes del Círculo del Estrecho transitaron las aguas canarias hasta finales del siglo III o comienzos del IV d.n.e. (Atoche et al., 1995; Atoche y Paz, 1999; Atoche, 2006), en coincidencia con la crisis del Imperio Romano y el

abandono por éste de buena parte de la provincia Tingitana, lo que puso fin a las actividades de un amplio número de factorías de la costa atlántica marroquí (Ponsich y Tarradell, 1965: 116-117). A partir de ese instante en las islas discurre la fase de abandono, con un desarrollo cronológico muy corto (*circa* siglos III-IV d.n.e.) y marcada por el final de la dependencia económica externa resultado de la crisis político-económica que afectó al Imperio Romano en el siglo III, un fenómeno ajeno a las islas pero que sería el responsable de su aislamiento y de la consecuente crisis socio-económica de unas formaciones sociales hasta entonces volcadas al exterior. Se inicia así uno de los procesos culturales más interesantes de la protohistoria canaria al generar en las islas el desarrollo de endemismos culturales determinados por el aislamiento y que permiten explicar muchas de las diferencias que son observables en las culturas insulares al final de la protohistoria. El desarrollo de esta etapa supone la paralización de la actividad de las factorías agrarias existentes en Lanzarote (El Bebedero, Caldereta de Tinache,...), interrupción que en el caso de Tinache supone su abandono durante un periodo de tiempo que discurriría entre las postrimerías del siglo III o las primeras décadas del siglo IV d.n.e. hasta los inicios del siglo VII d.n.e. (Atoche et al., 2007).

5. EL ITINERARIO MARÍTIMO HACIA CANARIAS

Frente a las dificultades que tradicionalmente se han asociado a la navegación por el Atlántico africano durante la Antigüedad, las numerosas evidencias arqueológicas con que contamos en la actualidad ponen de manifiesto que desde fechas muy tempranas de inicios del I milenio a.n.e. navegantes mediterráneos frecuentaron un itinerario marítimo suratlántico que les permitió alcanzar el archipiélago canario. Ese itinerario sería utilizado con frecuencia por marinos fenicios y púnicos a lo largo del I milenio a.n.e., manteniéndolo activo con posterioridad marinos romanos y/o romanizados al menos desde el siglo I a.n.e. hasta el siglo IV d.n.e., contextualizado en un fenómeno de mayor amplitud geográfica que aseguró la presencia romana a lo largo de la costa occidental africana hasta más allá del sur del actual Marruecos (Rebuffat, 1987; Euzennat, 1989).

Los hallazgos materiales realizados durante las excavaciones de la factoría fenicio-púnica y

romana de Essauira-Mogador muestran el prolongado establecimiento de gentes mediterráneas en una zona muy alejada de aquel mar desde al menos el siglo VII a.n.e., en época fenicia, y en el siglo V d.n.e., ya en época tardorromana (Jodin, 1967; Amadasi, 1992; López y Mederos, 2008), momento en que el sitio se abandona definitivamente. Esa ocupación y su posición extrema cercana a Canarias convierten a esa factoría en un buen punto de referencia a la hora de reconstruir el itinerario marítimo utilizado para alcanzar las islas. Una cuestión a cuya solución también contribuyen los datos procedentes de algunas fuentes literarias latinas, en especial los que recoge la *Historia Natural* de Plinio el Viejo sobre la expedición enviada por Juba II a las *Islas de la Mauritania*.

La ciudad de *Gadir/Gades* fue el punto de origen y de término del itinerario que discurrió por la costa occidental africana tanto en época fenicio-púnica como romana. La importancia de esa urbe ubicada en el Extremo Occidente a partir del Bronce Final resulta indiscutible (Schubart y Arteaga, 1986); su puerto centralizó gran parte del comercio generado en los circuitos comerciales del Mediterráneo centro-occidental, convirtiéndose en la *statio* aduanera que controlaba el tráfico naval hacia el *Mare Cantabricum*, el *Mare Britannicum* (Martínez y Carreras, 1993: 102) y hacia el Atlántico africano tal y como nos muestra el Periplo de Hannón. En ese sentido, M. Ponsich (1969: 234) no dudó en afirmar que la industria de las salazones de pescado creó claros vínculos «... entre el sur de la Península Ibérica y la región de Tánger desde la época púnica...», una actividad de la que sabemos, a través de Estrabón, que al menos desde finales del siglo II a.n.e. los pescadores gaditanos faenaban en la costa mauritana e incluso más hacia el sur (Ponsich y Tarradell, 1965; García Moreno, 1973; Blázquez, 1977; González et al., 1995), utilizando embarcaciones de reducido tonelaje, los *hippoi*. F. López Pardo también asegura que la actividad comercial gadirita alcanzó

...un lugar tan lejano como es el valle del Sus, a partir del islote de Mogador, donde se han encontrado contenedores, seguramente signados en Gades, en una fecha muy temprana, siglos VII y VI a. C. Habiéndose constatado el comercio con los indígenas del Cabo Ghir. (...) la presencia gaditana sigue siendo viva en la Mauritania Occidental aún en el siglo I a. C. y I d. C. (López Pardo, 1988: 742-743).

Hacia las islas existió un itinerario de acceso, al que hemos denominado la ruta de las factorías (Atoche, 2002: 345), el cual seguiría un derrotero costero propio de la navegación de cabotaje y del que tenemos una buena referencia a través del relato del Periplo de Hannón y de la expedición organizada por Juba II a Canarias. Esa ruta tiene su origen en el puerto de Gadir y a partir de ahí realizaría un recorrido paralelo a la costa africana hasta alcanzar *Lixus*, lugar considerado (Aubet, 1987) como el punto de partida de la vía meridional que conducía desde la colonización fenicia hasta las *Islas Purpurarias* (Essauira/Mogador) (Desjacques y Koeberlé, 1955), punto desde donde Plinio el Viejo hace arrancar la ruta hacia uno de los archipiélagos mauritanos, el de las *Afortunadas* (La Palma, Gomera, Hierro, Tenerife y Gran Canaria).

A partir de Essauira-Mogador la navegación podía dirigirse con dirección oeste hacia mar abierto buscando enlazar con las Islas Salvajes, para desde ahí arribar por el norte a las *Afortunadas*, o bien podía seguir paralela a la costa hasta alcanzar el *Cabo de Iuba* (Cabo Jubi), punto desde el cual se adentraría en alta mar con dirección oeste para contactar con las islas de las *Hesperides* (Lanzarote, Fuerteventura y La Graciosa).

El itinerario de las factorías debió establecerse con anterioridad al siglo VII a.n.e. si tenemos en cuenta que existe constancia de su pleno funcionamiento en la segunda mitad de ese siglo, momento en el que mercaderes fenicios ya están establecidos en Essauira-Mogador, una colonia integrada junto con otras factorías en una amplia red dedicada a explotar los recursos de la costa noroccidental africana. Es posible incluso que ese itinerario se estableciera sobre una ruta más antigua, anterior a la presencia fenicia en Occidente aunque serán estos últimos los que finalmente lo rentabilicen. Así, a partir del siglo VI a.n.e. los cartagineses trabajaron por reforzar su presencia en esa vertiente del continente africano, fortaleciéndose la ruta de las factorías mediante la fundación de nuevas colonias, el objetivo más evidente encomendado por Cartago al almirante Hannón. Un periplo que también debió perseguir otros fines menos confesables en un documento que debía quedar expuesto a la curiosidad de todo el mundo en el templo de Baal Hammón, con toda probabilidad relacionados con el comercio del oro africano, una de las razones que para W. Huss (1993: 20) motivaría gran parte de las actividades fenicias en el actual Marruecos y que permitieron durante

mucho tiempo que Essauira-Mogador se mantuviera en ese itinerario como baluarte en el comercio del oro procedente de África occidental. Con posterioridad Juba II aprovechó las infraestructuras fenicio-púnicas de los islotes de Mogador para instalar una floreciente industria tintorera.

Una vez en aguas canarias, el trayecto que seguiría la ruta estaría avalado por la existencia de una serie de jalones, representados por diferentes vestigios arqueológicos, tales como los hallazgos submarinos de ánforas, las representaciones grabadas de naves localizadas en puntos costeros del norte de La Palma (El Cercado, Garafía), sureste de Tenerife (Barranco Hondo), noreste de Fuerteventura (Barranco de Tinojay) o sitios costeros de recalada como Rubicón (sur de Lanzarote). Este último presenta la importancia de la situación geográfica que ocupa, de gran valor estratégico dentro del itinerario que tradicionalmente ha servido para entrar al archipiélago desde la cercana costa africana o salir de las islas siguiendo tanto la ruta anterior como la ruta de entrada norte. La posición extrema que ocupa Lanzarote en el archipiélago, relativamente próxima al continente, junto con los inagotables recursos pesqueros con que cuenta, constituyeron sin duda razones de peso para que en su extremo meridional Rubicón se convirtiera en paso obligado en la ruta de las factorías, tanto si se accedía al espacio marítimo de las islas siguiendo la costa norte de Lanzarote como si se hacía por la costa sur. En ese hecho geográfico radica la razón que explica su elección para ubicar en él un punto de recalada, su continuada utilización desde fechas muy tempranas por parte de navegantes fenicio-púnicos y que en época romana se decida mejorar y ampliar sus infraestructuras mediante la construcción de un nuevo pozo-cisterna que multiplicó la capacidad de captación de los recursos acuíferos del sitio y su potencial para contribuir al tráfico marítimo hacia y por las islas desde el Círculo del Estrecho.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se inscribe dentro de los estudios que estamos realizando en el marco del proyecto HAR2009-08519, «Canarias: colonización humana protohistórica, bioadaptación insular y transformación medioambiental», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. IP: Pablo Atoche Peña.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARÇAO, J. (1976): «Les verres». *Fouilles de Conimbriga*, VI. París: 155-224.
- ALCÁZAR GODOY, J., SUÁREZ LÓPEZ, A. y ALARCÓN CASTELLANO, F.J. (1994): «Enterramientos infantiles en ánforas: Estudio antropológico de un hallazgo excepcional». *Revista de Arqueología* 164: 36-47.
- AMADASI GUZZO, M.G. (1992): «Notes sur les graffitis phéniciens de Mogador», en *Lixus. Actes du colloque organisé par l'Institut des sciences de l'archéologie et du patrimoine de Rabat avec le concurs de l'École Française de Rome*, (Larache, 8-11 de noviembre de 1989). École Française de Rome. Roma: 691-704.
- ARCO, M^a.C., GONZÁLEZ, R., ARCO, M^a.M. y ROSARIO, C. (2008): «La explotación de la sal en los mares de Canarias durante la Antigüedad. Las salinas y saladeros de Rasca (Tenerife)», en R. González, F. López y V. Peña (Eds.), *Los Fenicios y el Atlántico*. IV Coloquio del CEFYP. Grupo Mirazul. Madrid: 297-316.
- ARCO, M^a.C., ARCO, M., ATIÉNZA, E., ATOCHE, P., MARTÍN, M., RODRÍGUEZ, C. y ROSARIO, C. (1997): «Dataciones absolutas en la Prehistoria de Tenerife», en A. Millares, P. Atoche y M. Lobo (Coords.), *Homenaje a Celso Martín de Guzmán (1946-1994)*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Madrid: 65-77.
- ARCO, M^a.C., GONZÁLEZ, R., BALBÍN, R., BUENO, P., ROSARIO, M^a.C., ARCO, M^a.M. y GONZÁLEZ, L. (2000): «Tanit en Canarias». *Eres (Arqueología)* 9, 1. OAMC. Cabildo Insular de Tenerife. La Laguna: 43-65.
- ATOACHE, P. (2002): «La colonización del Archipiélago Canario: ¿un proceso mediterráneo?», en *World Islands in Prehistory. International Insular Investigations. V Deià International Conference of Prehistory*. B.A.R. International Series n. 1095. Archaeopress. Oxford: 337-354.
- ATOACHE, P. (2003): «Fenómenos de intensificación económica y degradación medioambiental en la protohistoria canaria». *Zephyrus* LVI: 183-206.
- ATOACHE, P. (2006): «Canarias en la Fase Romana (circa s. I a.n.e. al s. III d.n.e.): los hallazgos arqueológicos». *Almogaren* XXXVII: 85-117.
- ATOACHE, P. (2008): «Las culturas protohistóricas canarias en el contexto del desarrollo cultural mediterráneo: propuesta de fasificación», en R. González, F. López y V. Peña (Eds.), *Los Fenicios y el Atlántico*. IV Coloquio del

- CEFYP. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid: 317-344.
- ATOCHE, P. (2009): «Estratigrafías, cronologías absolutas y periodización cultural de la Protohistoria de Lanzarote». *Zephyrus* LXIII, I: 105-134.
- ATOCHE, P. y MARTÍN, J. (1999): «Canarias en la expansión fenicio-púnica por el África Atlántica», en *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, 1996), vol. III. Nuevo Siglo. Zamora: 485-500.
- ATOCHE, P. y PAZ, J.A. (1999): «Canarias y la costa Atlántica del N.O. africano: difusión de la cultura romana», en *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, 1996), vol. IV. Nuevo Siglo. Zamora: 365-375.
- ATOCHE, P. y RAMÍREZ, M^a.A. (2001): «Canarias en la etapa anterior a la conquista bajomedieval (circa s. VI a. C. al s. XV d. C.): colonización y manifestaciones culturales», en *Arte en Canarias: siglos XV-XIX. Una mirada retrospectiva*. Gobierno de Canarias. Dirección General de Cultura. Madrid: vol. I, 43-95 y vol. II, 475-479.
- ATOCHE, P. y RAMÍREZ, M^a.A. (2009): «Manifestaciones rupestres protohistóricas de Lanzarote: viejas y nuevas iconografías en un diferente contexto cronológico, cultural e interpretativo», en R. de Balbín Behrmann, P. Bueno Ramírez, R. González Antón y C. del Arco Aguilar (Eds.). *Rock Carvings of the European and African Atlantic Façade*. B.A.R., International Series n^o 2043. Archaeopress. Oxford: 187-209.
- ATOCHE, P. y RAMÍREZ, M^a.A. (e.p.): «El yacimiento de Buenavista, un asentamiento fenicio-púnico en Lanzarote (Islas Canarias) (circa 960-360 a.n.e.)», en *VII^{ème} Congrès International des Études Phéniciennes et Puniques*. Túnez (2009).
- ATOCHE, P., RODRÍGUEZ, M^a.D. y RAMÍREZ, M^a.A. (1989): *El yacimiento arqueológico de 'El Bebedero' (Teguise, Lanzarote). Resultados de la primera campaña de excavaciones*. Secretariado de Publicaciones. Universidad de La Laguna. Madrid.
- ATOCHE, P., RAMÍREZ, M^a.A. y RODRÍGUEZ, C. (2008): «La momificación o 'mirlado' en la Protohistoria canaria: ¿un rito egipciante asimilado?», en P. Atoche, C. Rodríguez y M^a.A. Ramírez (Eds.), *Mummies and Science. World Mummies Research. Proceedings of the VI World Congress on Mummy Studies*. Academia Canaria de la Historia. Santa Cruz de Tenerife: 143-158.
- ATOCHE, P., PAZ, J.A., RAMÍREZ, M^a.A. y ORTIZ, M^a.E. (1995): *Evidencias arqueológicas del mundo romano en Lanzarote (Islas Canarias)*. Cabildo Insular de Lanzarote. Col. Rubicón, 3. Arrecife.
- ATOCHE, P., RAMÍREZ, M^a.A., PÉREZ, S. y TORRES, J.D. (2007): «Primera campaña de excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Caldereta de Tinache (Tinajo, Lanzarote)». *Canarias Arqueológica* (Arqueología/Bioantropología) 15: 13-46.
- ATOCHE, P., RAMÍREZ, M^a.A., TORRES, J.D. y PÉREZ, S. (2009): «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Buenavista (Tiagua, Lanzarote): primera campaña, 2006». *Canarias Arqueológica* (Arqueología/Bioantropología) 17: 9-51.
- ATOCHE, P., MARTÍN, J., RAMÍREZ, M^a.A., GONZÁLEZ, R., ARCO, M^a.C., SANTANA, A. y MENDIETA, C. (1999): «Pozos con cámara de factura antigua en Rubicón (Lanzarote)», en *VIII Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*, (Arrecife, 1997), vol. II. Cabildo Insular de Lanzarote. Arrecife: 365-419.
- AUBET, M^a.E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Ed. Bellaterra. Barcelona.
- AUBET, M^a.E. (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Ed. Crítica. Barcelona.
- BALBÍN, R., BUENO, P., GONZÁLEZ, R. y ARCO, M^a.C. (1995): «Datos sobre la colonización púnica de las Islas Canarias». *Eres Arqueología* 6, 1: 7-28.
- BELTRÁN, M. (1970): *Las ánforas romanas en España*. Diputación Provincial. Institución «Fernando el Católico». Zaragoza.
- BLÁZQUEZ, J.M. (1977): «Las Islas Canarias en la Antigüedad». *Anuario de Estudios Atlánticos* 23: 35-49.
- BOST, J.P., CAMPO, M., COLLS, D., GUERRERO, V. y MAYET, F. (1992): *L'épave Cabrera III (Majorque). Échanges commerciaux et circuits monétaires au milieu du III^e siècle après Jésus-Christ*. Paris.
- DE FRUTOS, G. (1991): *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano*. Ed. Gráficas Sol. Écija.
- DESJACQUES, J. y KOEBERLÉ, P. (1955): «Mogador et les Îles Purpuraires». *Hespèris* XLII: 193-202.

- DÍES, E. y MATAMOROS, C. (1991): Introducción al estudio de la arquitectura púnica de Ibiza. *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* 2: 817-824.
- DUSENBERY, E.B. (1967): «Ancient glass from the cemeteries of Samothrace». *Journal of Glass Studies* 9: 34-49.
- EUZENAT, M. (1989): *Le limes de Tingitane. La frontière méridionale*. CNRS. Études d'Antiquités Africaines. Paris.
- FANTAR, M. (1988): «Carthage: archetypes et spécificité», en *Carthage et son territoire dans l'antiquité. Actes du IV Colloque International sur l'Histoire et l'Archéologie de l'Afrique du Nord*, vol. I. Strasbourg: 53-65.
- GARCÍA MORENO, L.A. (1993): «Egipto y la circunnavegación de África en la Antigüedad». *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas* XXIX: 61-75.
- GARCÍA TALAVERA, F. (2003): «Depósitos marinos fosilíferos del Holoceno de La Graciosa (Islas Canarias) que incluyen restos arqueológicos». *Revista de la Academia Canaria de Ciencias* XIV, 3-4: 19-35.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942). *Fenicios y cartagineses en Occidente*. C.S.I.C. Serie C, 1. Madrid.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1995): «The first colonization of Ibiza and Formentera (Balearic Islands, Spain): some more islands out of the stream?» *World Archaeology* 26, 3: 442-453.
- GONZÁLEZ, R. (1999): «El primer poblamiento de Canarias. Nuevas perspectivas en la investigación arqueológica», en *VIII Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*, vol. II. Cabildo Insular de Lanzarote. Arrecife: 305-338.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. (1997): «Simbología de la diosa Tanit en representaciones cerámicas ibéricas». *Quad. Preh. Arq. Cast.* 18: 329-343.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2008): «Avance de los análisis de caracterización de las cerámicas de La Fonteta». *Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 18: 53-79.
- GONZÁLEZ, R. y ARCO, M^a.C. (2007): *Los enamorados de la Osa Menor. Navegación y pesca en la protohistoria de Canarias*. Canarias Arqueológica. Monografías, 1. Museo Arqueológico de Tenerife. OAMC. Cabildo de Tenerife. Tenerife.
- GONZÁLEZ, R. y ARCO, M^a.C. (2009): «Navegaciones exploratorias en Canarias a finales del II milenio a. C. e inicios del primero. El cordón litoral de La Graciosa (Lanzarote)». *Canarias Arqueológica Arqueología/Bioantropología* 17, I: 9-80.
- GONZÁLEZ, R., BALBÍN, R., BUENO, P. y ARCO, M^a.C. (1995): *La Piedra Zanata*. Museo Arqueológico de Tenerife. OAMC. Cabildo Insular de Tenerife. Tenerife.
- GONZÁLEZ, R., ARCO, M^a.C., BALBÍN, R. y BUENO, P. (1998): «El poblamiento de un archipiélago atlántico: Canarias en el proceso colonizador del primer milenio a. C.» *Eres Arqueología/Bioantropología* 8: 43-100.
- GOZALBES, E. (1988): «La piratería en el Estrecho de Gibraltar en la Antigüedad», en *Congreso Internacional 'El Estrecho de Gibraltar'* (Ceuta, 1987), vol. I. UNED. Madrid: 769-778.
- GUIDO, A. (1978): *The Glass Beads of the prehistoric and Roman Periods in Britain and Ireland*. London.
- HUSS, W. (1993): *Los Cartagineses*. Ed. Gredos. Madrid.
- JÁUREGUI, J.J. (1954): «Las Islas Canarias y la carrera del oro y la púrpura en el Periplo de Hannón», en *I Congreso Arqueológico del Marruecos Español*. Tetuán: 271-276.
- JODIN, A. (1967): *Les établissements du roi Juba II aux Îles Purpuraires (Mogador)*. Éditions Marocaines et Internationales. Tanger.
- LANCEL, S. (1994): *Cartago*. Ed. Crítica. Barcelona.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. (1992): «Los libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el sur de la Península Ibérica». *Rivista di Studi Fenici* XX, 1: 47-65.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. (2008): «El poblamiento rural fenicio en el sur de la Península Ibérica entre los siglos VI a III a. C.» *Gerión* 26, 1: 149-182.
- LÓPEZ PARDO, F. (1988): «Apuntes sobre la intervención hispana en el desarrollo de las estructuras económicas coloniales en Mauritania Tingitana», en *Congreso Internacional 'El Estrecho de Gibraltar'* (Ceuta, 1987), vol. I. UNED. Madrid: 741-748.
- LÓPEZ PARDO, F. (1990): «Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica». *AEspA* 63: 7-41.
- LÓPEZ PARDO, F. (1991): «El Periplo de Hannón y la expansión cartaginesa en el África occidental», en *V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Ibiza, 1990). Govern Balear. Ibiza: 59-70.

- LÓPEZ PARDO, F. y SUÁREZ PADILLA, J. (2002): «Traslados de población entre el norte de África y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico». *Gerión* 20, 1: 113-152.
- LÓPEZ PARDO, F. y MEDEROS MARTÍN, A. (2008): *La factoría fenicia de la isla de Mogador y los pueblos del Atlas*. Canarias Arqueológica. Monografías, 3. Museo Arqueológico de Tenerife. OAMC. Cabildo de Tenerife.
- MAHJOUBI, A. (1983): «El período romano y postromano en el Norte de África», en *Historia General de África*, vol. II. Tecnos/UNESCO. Salamanca: 474-507.
- MARTÍNEZ, J. y CARRERAS, C. (1993): «Ánforas de salazón y navegación comercial vía atlántica en época romana. La conexión *Baetica-Britannia*», en *XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993). Xunta de Galicia. Vigo: 101-110.
- MEDEROS, A. y ESCRIBANO, G. (2002): *Fenicios, púnicos y romanos. Descubrimiento y poblamiento de las Islas Canarias*. Dirección General de Patrimonio Histórico. Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias. Estudios Prehispánicos, 11. Madrid.
- MEDEROS, A. y ESCRIBANO, G. (2006): «*Mare Purpureum*. Producción y comercio de la púrpura en el litoral atlántico norteafricano». *Rivista di Studi Fenici* XXXIV, 1: 71-96.
- MEDEROS, A. y ESCRIBANO, G. (2008): «Pesquerías púnico-gaditanas y romano republicanas de túnidos: el Mar de Calmas de las Islas Canarias (300-20 a. C.)» en R. González, F. López y V. Peña (Eds.), *Los Fenicios y el Atlántico*. IV Coloquio del CEFYP. Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Madrid: 345-378.
- MUÑOZ JIMÉNEZ, R., (1994): *La Piedra Zanata y el mundo mágico de los guanches*. Museo Arqueológico de Tenerife. OAMC. Cabildo Insular de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife.
- PEACOCK, D.P.S. y WILLIAMS, D.F. (1986): *Amphorae and the Roman Economy. An introductory guide*. Longman Archaeology Series. Logman. London and New York.
- PELLICER, M. (1970). «Ánforas de importación halladas en Canarias». *Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, 14-15: 43-56.
- PICARD, G.C. (1978): «Les romains en Cote d'Ivoire». *Archéologie* 116: 22-27.
- PONSICH, M. (1969): «Nouvel aspect de l'industrie préromaine en Tingitane». *Bulletin Archéologique* 4 : 225-235.
- PONSICH, M. (1988): *Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores geo-económicos de Bética y Tingitana*. Universidad Complutense. Madrid.
- PONSICH, M. y TARRADELL, M. (1965): *Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée Occidentale*. PUF. Paris.
- REBUFFAT, R. (1987): «L'implantation militaire romaine en Maurétanie Tingitane», en *L'Africa romana, Atti del IV Convegno di Studio sur L'Africa romana*. Pubblicazioni del Dipartimento di Storia dell'Univ. de Sassari. Sassari: 31-78.
- RÉMONDON, R. (1973): *La crisis del Imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Col. Nueva Clío. Labor. Barcelona.
- SANTANA, A., ARCOS, T., ATOCHE, P. y MARTÍN, J. (2002): *El conocimiento geográfico de la costa noroccidental de África en Plinio: la posición de las Canarias*. Hildesheim-Zürich-New York: Georg Olms Verlag. Spudasmata, Band 88.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1986): «El mundo de las colonias fenicias occidentales», en *Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret» (1934-1984)* (Cuevas del Almanzora, Junio 1984). Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Madrid: 499-525.
- SERRA, E. (1966): «Ánfora antigua en Canarias», en *IX Congreso Nacional de Arqueología*, (Valladolid, 1965). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 373-377.
- SERRA, E. (1970): «Más cerámicas antiguas en aguas de Canarias», en *XI Congreso Nacional de Arqueología*, (Mérida, 1968). Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 428-430.

